

el FONDO de las PALABRAS

FRANCISCO AGUILAR BARRANCO
CARMEN M^a CAMACHO ADARVE
MANUELA CÁMARA PERAGÓN
LOURDES CASTILLO DÍAZ
JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ
JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES
MARÍA JIMENEZ RAMIREZ
MARGARITA LIZCANO PRESTEL
M^a CARMEN RODRIGUEZ MOLERO
JUAN ROMERO FRANCO
MIGUEL ANGEL RUIZ MAZÓN

EL FONDO DE LAS PALABRAS

Relatos realizados por los alumnos y las alumnas del II Taller de Creación Literaria impartido por Isabel Padilla Cerón y Fernando Escribano Bravo, Asociación Literaria Lapislázuli, en la Biblioteca Pública Provincial de Jaén (2008-2009).

Autores

FRANCISCO AGUILAR BARRANCO
CARMEN M^a CAMACHO ADARVE
MANUELA CÁMARA PERAGÓN
LOURDES CASTILLO DÍAZ
JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ
JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES
MARÍA JIMENEZ RAMIREZ
MARGARITA LIZCANO PRESTEL
M^a CARMEN RODRIGUEZ MOLERO
JUAN ROMERO FRANCO
MIGUEL ANGEL RUIZ MAZÓN



2010. Ángel B. Gómez Puerto

Portada diseño: Celeste Ortega (www.cedeceleste.com)



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.



Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.

C/ Sierra Mágina, 10

23009 Jaén-España

Tel.: +34 902 500 421

www.ittakus.com

ÍNDICE

	AUTOR	PÁGINA
PRÓLOGO.....	6
HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE.....	FRANCISCO AGUILAR BARRANCO	7
LA INVITACIÓN DE BODA.....	FRANCISCO AGUILAR BARRANCO	8
LA PROCESIÓN DE LAS ÁNIMAS.....	FRANCISCO AGUILAR BARRANCO	10
LAS ENTRADAS.....	FRANCISCO AGUILAR BARRANCO	12
LA CASA DE LA CUESTA DE SANTA INES.....	CARMEN M ^a CAMACHO ADARVE	15
LA PLAZA DEL DIABLO.....	CARMEN M ^a CAMACHO ADARVE	17
EL ÚNICO VIAJE.....	MANUELA CÁMARA PERAGÓN	18
TANTO SUEÑAS TANTO VALES.....	MANUELA CÁMARA PERAGÓN	20
UN RECADO.....	LOURDES CASTILLO DÍAZ	22
EL CANDELABRO MISTERIOSO.....	LOURDES CASTILLO DÍAZ	23
MALDITA COMPAÑERA.....	LOURDES CASTILLO DÍAZ	24
DEJA TUS LÁGRIMAS.....	JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ	26
SU ABANICO.....	JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ	28
LA NIÑA.....	JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ	29
LA TORMENTA.....	JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES	30
OBJETO DE BOTIN (La gran tarea).....	JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES	34
CONFABULACIÓN.....	JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES	38
LA VOZ DEL AYER.....	MARÍA JIMENEZ RAMIREZ	40
AMOR DE HUMO.....	MARÍA JIMENEZ RAMIREZ	41
SMS AL 7555.....	MARGARITA LIZCANO PRESTEL	42
BLANCO Y NEGRO.....	MARGARITA LIZCANO PRESTEL	44
APOCALIPSIS.....	MARGARITA LIZCANO PRESTEL	45
PROSEGUIR.....	MARGARITA LIZCANO PRESTEL	47
EL CONTACTO.....	M ^a CARMEN RODRIGUEZ MOLERO	48
LA CONFESIÓN.....	M ^a CARMEN RODRIGUEZ MOLERO	49
VIDAS.....	M ^a CARMEN RODRIGUEZ MOLERO	50
RESACA DE VAINILLA.....	JUAN ROMERO FRANCO	51
LA ESCAPADA.....	JUAN ROMERO FRANCO	53
ENTRE LÍNEAS.....	MIGUEL ANGEL RUIZ MAZÓN	55
SIN MUCHO SENTIMIENTO (SMS).....	MIGUEL ANGEL RUIZ MAZÓN	56
HOJAS NEGRAS.....	MIGUEL ANGEL RUIZ MAZÓN	57
FELINO.....	MIGUEL ANGEL RUIZ MAZÓN	58
PRIMAVERA EN INVIERNO.....	MIGUEL ANGEL RUIZ MAZÓN	59

PROLOGO

Las palabras nos hacen cómplices de nuestras emociones, de nuestros sentires, son las aliadas de nuestros pensamientos. Cada vez que hacemos uso de ellas en nuestros textos literarios construimos un mundo que nos pertenece. Escribir es mostrarnos, es hacer un ejercicio de transparencia existencial con la herramienta más primaria, la palabra.

Escribirlas nos libera de su contenido o nos envuelve en su esencia para saberlas nuestras, culturalmente nuestras. En el fondo de cada palabra se entrelazan las caricias tempranas o las ausencias tardías, los porqués y las dudas, las lágrimas o los suspiros, el antes y el después de cada instante vivido, el sentido de los abrazos o el desamparo de una ausencia. Las palabras esconden los miedos y los deleites que nos hicieron posibles en nuestro devenir.

Un ejercicio continuo del alumnado del Taller de Escritura Creativa ha sido el reencuentro de cada cual con sus propias palabras con su propia percepción de la existencia. Ahondar en ese fondo de las palabras propias ha sido el resultado de los textos que aquí se muestran. Quienes estén en disposición de leerlos estarán acercándose a cada uno, a cada una de las escritoras y escritores y su palabra propia, su voz singular.

Deseamos, quienes les hemos ido guiando con nuestra técnica docente, que mantenga vivo el sueño de la creación, continúen buscando en su imaginario el sentido preciso de su voz, de las palabras que los y las configuran, porque vivir la aventura de escribir es tejer sobre la urdimbre propia con las texturas y los colores que cada cual encuentra en la palabra, en su propia palabra.

*Isabel Padilla Cerón
Asociación Literaria Lapsilázuli*

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

FRANCISCO DE PAULA AGUILAR BARRANCO

María, una enjuta y presumida mujer de algo más de sesenta años, trajina alegremente en la cocina de su casa. Coloca los platos, los vasos y los demás utensilios ya limpios y secos en sus lugares habituales.

-¡María! -suena impactante desde el otro extremo de la casa la voz de Juan, un orondo y viejo cascarrabias; su marido.

La llamada fue un sobresalto en su corazón, un navajazo en su estómago, un disparo en su mente, un resorte en su memoria. ¿Qué hacía ella allí? Había ido a hacerle un recado a Juan; pero, ¿qué era?

-¿Qué esperas para traerme el agua? –golpeó la voz de nuevo contra todo su ser.

María, arrastrando los pies, le acercó un vaso lleno de agua y lágrimas, mientras en Juan se dibujaba una mueca de desprecio.

Eran ya muchos años, toda una vida y María se sentía exprimida. No podía dar más de sí.

Juan no era mala persona -pensaba María sentada en el taburete de la cocina mientras se secaba con el delantal las inundadas mejillas de lágrimas-, es que no la quería, no la había querido nunca, al menos nunca se lo había demostrado; cualquier mujer, para él, era mucho mejor que María; ella era una inútil.

Una vez más le vino a la cabeza una idea que barruntaba desde hacía tiempo. No aguantaba más y tenía que acabar con aquello. La mujer se dirigió al lavadero, al armarito en que se guardaban lejías, amoniacos, insecticidas y otros productos que debían tenerse al resguardo para evitar accidentes. Cogió un bote rojo con letras blancas y un roedor pintado en el contorno. De nuevo en la cocina, diluyó un par de cucharadas colmadas de los polvos blancos que contenía el bote en uno de los dos platos de sopa que descansaban en el mostrador.

-¡María! ¿Es que hoy no se come en esta casa?

María se estremeció y con la mayor serenidad que fue capaz de mostrar contestó:

-Juan, todo lleva su tiempo, enseguida voy.

Fue al cuarto de baño, se repasó la sombra de los ojos y el carmín de los labios, volvió a la cocina y cogió los platos de sopa. Por el pasillo se dio cuenta de que no sabía cuál tenía los polvos blancos.

-¡Qué más da! -dijo mientras colocaba los platos sobre la mesa, de manera que Juan tuviera que elegir uno- De todas formas descansaré igual.

Jaén, 22 de mayo de 2009

LA INVITACIÓN DE BODA

FRANCISCO DE PAULA AGUILAR BARRANCO

-¿Qué te queda, Tere? ¿Nos vamos ya?

-Enseguida acabo, Pepe. ¡Qué guapo estás! ¿Y a mí, cómo me sienta este adorno en el pelo?

-Tú, con cualquier cosa estás preciosa. Venga, acaba. No olvides coger el regalo. Mientras, voy preparando el coche.

Tere y Pepe son un matrimonio que ronda los cincuenta años. Ella un ama de casa muy habilidosa en la cocina y en el trato social, que bien podía haber sido una excelente profesora de arte pero que optó por dedicarse a su casa y sus hijos; en tanto que Pepe fue un prestigioso maestro de ciencias, naturales y exactas, hasta que el destino lo dejó al frente de una sucursal de una entidad financiera, para ir progresivamente ascendiendo hasta supervisar y gestionar un conjunto de oficinas y departamentos en la provincia.

Hoy, sábado dos de mayo, se casa uno de sus subordinados, al que le une bastante afecto desde que lo tuvo como alumno en su adolescencia.

-¡Tere, que tenemos que aparcar y no debemos llegar tarde!

Con antelación de unos quince minutos está la pareja en la plaza de la iglesia.

-Parece que hemos sido demasiado puntuales, aún no ha venido nadie. Deberíamos haber dejado el regalo en el coche, Pepe.

El obsequio, un paquete de algo menos de un metro de alto y una base cuadrada de unos treinta y cinco centímetros, contiene la imagen en madera de una virgen de estilo románico, que Tere y Pepe han tallado para la ocasión.

-Ya te dije que me gustaría que se la bendijera el cura.

-Pepe, aquí no viene nadie. Los pocos que han entrado en la iglesia no tienen aspecto de ir de boda.

-Sí que es extraño, porque la familia del novio, al menos, sé que es numerosa; pero ya sabes cómo es la gente joven; quizás no hayan invitado más que a los íntimos.

-Anda, Pepe, coge un rato el regalito, que pesa lo suyo.

-Se me va a arrugar la chaqueta.

-Vaya, como si mi echarpe no se arrugara. ¡Venga!, no seas flojo.

-Oye ya pasan cinco minutos de la hora de inicio y aquí no asoma nadie. ¿Se habrán arrepentido? -dice Pepe, con la frente sudorosa.

-Las veces que los hemos tratado parecían muy enamorados. Además supongo que nos hubieran avisado. ¿Estás seguro que es en esta iglesia?

-Toma, dice Pepe entregando el regalo a Tere y sacando del bolsillo interior de la chaqueta la tarjeta de invitación.

-... D.m. a las siete de la tarde en la Iglesia Parroquial de san Fulgencio. Es todo correcto; pero esto es muy extraño. Pasemos a preguntar en la sacristía y de camino a ver si podemos dejar la virgencita.

Pepe y Tere entran con paso titubeante mientras las miradas de los pocos feligreses se les clavan a sus espaldas.

-Buenas tardes, Padre. ¿A qué hora es la boda? -dice Pepe sonriendo de manera forzada tras el embalaje.

-¿Qué boda? Aquí no hay hoy ninguna boda -contesta un cura, grandote y sonrosado mientras recoge unos ornamentos morados de un armario-. Dentro de media hora tenemos un funeral.

-No puede ser. Esto parece una broma de mal gusto. Aquí tengo la invitación. Contesta Pepe al tiempo que deja la caja en la mesa de la sacristía, se seca el sudor con un immaculado pañuelo que extrae del bolsillo superior de su americana y coge la tarjeta para leer:

-Junto a nuestros padres tenemos el placer de invitaros a nuestro enlace matrimonial que el día uno de mayo celebraremos D.m. a las siete de la tarde en la Iglesia Parroquial de san Fulgencio.

-¡Pepe, el día uno de mayo!

-¿Sí, qué pasa?

-¡Que hoy es dos, Pepe, que hoy es dos!

Jaén, 22 de mayo de 2009

LA PROCESIÓN DE LAS ÁNIMAS

FRANCISCO DE PAULA AGUILAR BARRANCO

-¡Silencio! ¿Es que no sabéis que día es hoy? ¡Vais a despertarlas, para desgracia vuestra! - dijo doña Herminia con voz queda pero enérgica.

La gobernanta contemplaba desde la puerta del dormitorio del internado a los jóvenes alumnos con evidentes signos de preocupación, embutida en una larga bata que sólo dejaba ver el final de unas piernas muy delgadas y llenas de varices; una redecilla morada, del mismo color que la bata, cubría su cabeza y recogía su pelo que ya blanqueaba. Mientras, los chicos bromeaban y jugaban como cada noche al ir a acostarse y cuando se marchó se preguntaron por el significado de la maldición de doña Herminia.

Raúl Cantudo, unos de los internos más veteranos tomó la palabra y dijo con voz tenue: - ¡Callaos, apagad la luz y acercaos! Os contaré la leyenda que pervive en este edificio: Hace muchos años, a finales del siglo XIX, ocurrió un incendio en este colegio. En medio del desconcierto el director de entonces, don Cándido Perales, mandó desalojar en silencio y en fila de a dos, como si nada pasara.

Una vez en la calle, formó a los alumnos para comprobar la presencia de todos. Con pavor se percataron que faltaban los ocho que estaban castigados y deberían estar acostados esa noche en el terrado de la casa, en los jergones de paja que para estos casos tenían habilitados. Al instante, unos gritos desgarradores resonaron desde lo más alto del edificio.

Ese año, en la noche de la víspera del día de difuntos, algún vecino aseguró haber visto unas luces, como antorchas de tamaño humano, que viajaban desde el derruido colegio hasta la casa contigua donde habitaba don Cándido, el director, quien a la mañana apareció muerto en su cama con un horrible rictus de espanto o desesperación.

El forense dictaminó: Parada cardíaca.

-¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? -interrumpió a Cantudo unos de los internos, al tanto que todos se apiñaban entre sí rodeando al compañero, que prosiguió con su relato.

-Entre el vecindario se extendió la convicción de que las luminarias que algunos habían visto no eran otra cosa que las ánimas de los muchachos que habían ido a cobrar su venganza.

Con el paso de los años y tras restaurar el colegio se han sucedido, por estas fechas de hoy, diversos fallecimientos, accidentes y hechos de poca o nula explicación lógica.

-Pero, ¿Qué dice la tradición al respecto? ¿Y sólo es en la noche de todos los santos? -habló uno desde un extremo del grupo.

Raúl Cantudo, siempre en voz baja, tratando de no ser oído por doña Herminia que con seguridad acechaba los movimientos que hubiera en el dormitorio, y tras beber un sorbo de agua, continuó su misterioso relato dando cumplida respuesta a la pregunta de su camarada: -Supongo que habrían habido más incidentes en otras fechas, pero la tradición marca tal día como hoy,

concretamente tal noche como ésta, en la convicción de que las ánimas de los ocho estudiantes, cuyos cuerpos desaparecieron entre el amasijo de madera calcinada en que se convirtió el terrado del colegio, dormitan su desdicha y cuando se les despierta, bajo el dolor infinito, arremeten contra el que ha osado molestarlas.

Cantudo calló y observó la cara de extrañeza y preocupación de sus colegas y con una sonrisa pícara dijo: -Y ahora vamos a dormir, vayamos a convocar a la procesión de las ánimas.

No había pasado mucho tiempo cuando, en la antesala del dormitorio, se oyeron unos ruidos como de pasos. Raúl se incorporó y pensando que sería algún compañero que quería gastar una broma, le dijo al de la cama contigua: -Ven, que le vamos a dar su merecido a esa ánima chistosa.

El resto de los compañeros, en tensión, esperaron el desenlace entre siseos y risas nerviosas.

Al minuto percibieron un golpe fuerte y seco, como el desplome de un cuerpo y la voz del acompañante rompió con estrépito el silencio del colegio en la noche: -¡Raúl!

Los muchachos se abalanzaron hacia el rellano de la escalera que había justo ante el dormitorio. Abajo, en una postura inverosímil yacía Raúl Cantudo y por el tramo siguiente de escaleras, todos creyeron ver ocho siluetas refulgentes. Sólo Alfonso, el que había acompañado a Cantudo, vio en el tramo superior, a doña Herminia que con una palmatoria en la mano observaba todo en silencio mientras unas lágrimas resbalaban por sus marchitas mejillas.

17 mayo 2009

LAS ENTRADAS

FRANCISCO DE PAULA AGUILAR BARRANCO

Faltaba una hora para que comenzara el partido y mi suegro Juan y yo estábamos impacientes e ilusionados a pocos metros ya de las puertas de entrada del estadio.

El ambiente era excitante y los cánticos de las dos hinchadas atronaban el cielo de la gran ciudad como si de un macro concierto de dos grandísimos orfeones se tratara. Hasta el pavimento de la calle parecía bailar al ritmo de los himnos de ambos equipos entonados por los dos improvisados y numerosos coros de fanáticos. Banderas, gorros y bufandas tremolaban al aire porfiando por el espacio y la atención de los allí concurridos.

El alcohol ingerido se manifestaba, en la mayoría de los casos, con muestras de efusiva alegría y universal cariño; en otros menos, era una muestra evidente del equilibrio inestable de los cuerpos.

No sabíamos si eran nuestros propios pies, nuestra ilusión o el empuje de quienes precedíamos, lo que nos acercaba paulatinamente hasta la bocana del estadio.

-Juan, prepara las entradas.

-Las tienes tú, te las guardaste en el bolsillo interior de la cazadora.

-Las debes de tener tú, yo no tengo nada -dije después de hurgar en todos los bolsillos de la cazadora y mientras rebuscaba en los del pantalón.

-No bromees con estas cosas tan serias, Luis y coge ya las entradas, que me estás poniendo más nervioso de lo que estoy.

-Te digo que no las tengo –respondí con la boca seca por la angustia que me producía haber perdido las entradas-. Se nos tienen que haber caído o nos las han robado.

-Se te habrán caído o te las habrán robado a tí, Luis. Yo nunca las he tenido. ¡Coño!, con la costumbre de repartir las culpas para todos –me reprendió mi suegro, mientras me abrasaba con su mirada.

-No te muevas de aquí -dije mientras desandaba nuestro recorrido con la esperanza de encontrarlas en el suelo y con un nudo en la garganta que me impedía respirar con normalidad.

-¡Allí están! -grité entusiasmado, mientras me arrojaba al suelo a recogerlas. A dos metros de mí estaban dobladas con rasgos de haber sido pisadas por algún ignorante. Allí estaban las llaves de nuestra felicidad, las que nos abrirían las puertas de la gloria, el punto G de nuestro éxtasis, el motor de nuestra vida. Las cogí, las besé, las abracé, les limpié el rastro de polvo que las cubría y corrí hasta Juan aireándolas triunfante.

Ante el portero, un armario con brazos y ojos, las mostré ufano y él cogiéndolas de forma mecánica me espetó: -¿Qué broma es esta? ¡Déme las entradas y no entretenga más al personal!

Pensé morir. Lo que había tomado por las entradas no era otra cosa que folletos de propaganda de la discoteca de moda, con un formato muy similar a ellas. La gente nos increpaba y la

sangre se me helaba en las venas. Dios no podía ser tan cruel; a diez minutos para que comenzara el partido y yo en las puertas del campo y sin poder entrar.

El portero de un manotazo nos echó a un lado diciéndonos que le diéramos los pases o tendría que llamar a la policía. En ese momento sonó mi móvil. Era mi mujer, que junto a su madre se habían quedado paseando por la ciudad hasta el final del partido.

-¿Qué quieres? ¡Hemos perdido las entradas del partido! -le dije al borde del colapso.

-¡Pues yo he perdido a mi madre! Estábamos viendo unos escaparates y ha desaparecido y como siempre lleva el móvil apagado.

-¡No te muevas de ahí! Ponte en un sitio bien visible. ¿Has entrado en la tienda? -le contesté a punto de explotar.

-Sí, la tienda no es muy grande y se controla con facilidad. Aquí no está.

-Bien, ahora vamos para allá. ¡A hacer puñetas la copa, la liga y la madre que las parió! Grité, casi con lágrimas en los ojos.

-¡Ten un poco de respeto de mi madre!

-¡Joder, que no he dicho nada de tu madre. Que es la madre que parió a la liga y a la copa!

-¿Qué cuando parió se había tomado unas copas? ¿A qué viene eso ahora? ¡Yo, siempre he respetado a tu madre!

-Tranquilízate, luego hablamos de esto y comprenderás que no me estoy refiriendo a tu madre. ¡Adiós! -respondí mientras colgaba y volvía a mirarme en los bolsillos.

-Hijo, ¿Qué pasa con tu suegra? -me preguntó Juan mirando el reloj y comprobando que tan sólo quedaban cinco minutos para el inicio del partido.

-Que se ha perdido, como las entradas, y no aparece.

-Pues verás como ella sí aparece y las entradas no. Desde siempre he tenido muy mala suerte.

Cuando nos disponíamos a marchar sonó la megafonía del estadio: -Se ruega a los familiares de Ramona García Gómez pasen por esta cabina a recogerla, pues dice haberse perdido.

-¡Juan, que es tu mujer; que está dentro del campo!

-¿Te das cuenta? Ya ha aparecido. ¡Que suerte tengo, Dios mío! -exclamó mi suegro alzando los brazos al cielo en señal de resignada protesta.

-Oiga, que esa que han radiado es mi suegra. ¡Tenemos que entrar a por ella! -le dije al portero tocándole el hombro con un poco de miedo por la reacción que pudiera tener.

-Sí, y la que canta ahora es mi hija secreta. No te jode.

-Por favor, de verdad. Tenemos que entrar.

-Ya no aguanto más. Voy a llamar a la policía.

-Llame usted a quien sea, pero tenemos que entrar a recogerla.

Por fin, acompañados de un guardia de seguridad fuimos hasta la cabina de megafonía, donde, efectivamente estaba Ramona charlando ininterrumpidamente con los dos operarios que tenían cara de llevar un buen rato aguantando el diluvio verbal de la madre de mi mujer.

-Ramona, ¿se puede saber qué haces aquí? -preguntó indignado Juan.

-Pues... Esta mañana, he visto las entradas en la mesita del recibidor y pensé que era para algún teatro y ahora mientras paseaba me he acordado y he venido a ver la función, pero resulta que es un partido de fútbol y yo sola no voy a entrar a un sitio con tantos hombres. Quiero que me devuelvan el dinero.

-Pero, ¿dónde está su hija, dónde ha dejado a mi mujer? –le pregunté sin disimular las ganas de estrangular a alguien que desde hace rato tenía.

-¡Ah! Es muy sosa y no ha querido venir. Se ha quedado en una cafetería.

-Por Dios, Ramona. Chocheas. Anda, vente con nosotros a ver el partido. Niño, llama a tu mujer y dile que no se preocupe. Pero yo no me pierdo hoy la final. ¡Gracias, Dios mío. Ya sabía yo que eres bueno, que es eterna tu misericordia!

01 junio 2009

LA CASA DE LA CUESTA DE SANTA INES

CARMEN MARÍA CAMACHO ADARVE

Todo empezó cuando entre los inquilinos de la casa en la cuesta de Santa Inés número uno, en donde vivo, se adueñó el ideático espíritu de la ambición.

Verdad es que durante mucho tiempo, todos ellos se limitaban a rivalizar con; canarios, perros, gatos, jilgueros, diamantes, como mucho, especies estándar, de cotorras, y loros. El más exótico de ellos nunca fue más allá de los gatos siameses o chihuahuas. Yo mismo tenía un hermoso perro mastín, que era un poco más chico que el apartamento, se llamaba don Antonio. Pero, aparte de don Antonio, vivía con mis cinco gatos persas, mis siete pajarillos exóticos y un yaco. Mas una bella serpiente de la especie pitón.

Una mañana, sobre las diez, estaba dando de comer a mi pitón, y la vecina del Bajo B, a quien ni siquiera había visto ya que era nueva, vino, a no sé qué confusa razón. Después, sin atinar a irse, se quedó un buen rato leyendo mi periódico. Mientras y de forma disimulada, contemplaba fascinada a Lola, y en su mirada había algo espeluznante: era sin duda el espíritu de la ambición.

A medio día me llamó para mostrarme el cocodrilo que acababa de comprar. En el patio, la empleada de hogar de los del 2º D, nos sorprendió dialogando sobre la vida, los hábitos y la alimentación de escorpiones, alacranes y garrapatas. Esa misma tarde sus patronos adquirieron una exótica araña.

Luego, durante unas semanas, no hubo novedades. Una noche coincidí en la cancela con una de las vecinas del primero: una joven escuálida, rubia y de mirada perdida. Llevaba un gran bolso negro cuya cremallera estaba parcialmente abierta; y por una de las roturas asomaba de vez en cuando la cabecilla de un lagarto verde.

A la tarde siguiente, cuando regresaba de hacer la compra, poco faltó para que se me cayeran las bolsas de la mano al toparme de bruces con el oso que bajaban de un camión con destino a la señora del Bajo A. Uno de los tantos mirones que se habían congregado murmuró -en voz lo suficientemente alta para ser oída- que el oso no era, en realidad, un verdadero oso pardo. La solterona eterna estudiante de derecho, tuvo un sobresalto y corrió. Trémula, a refugiarse en su apartamento. Sólo la vi reaparecer unos días más tarde cuando, con desdén y con la cara sonriente, salió a firmar el recibo a los porteadores que acababan de traerle el oso panda chino.

La situación se me hacía insostenible. Los vecinos me negaron el saludo, el de la tienda de animales ya no me quiso fiar, recibía anónimos insultantes. Al fin, cuando mis hijos me amenazaron con la incapacitación, comprendí que no podría sobrellevar ni un día más una insignificante serpiente pitón. Ideé un plan sin precedentes. Pedí dinero prestado a varios amigos, hice economías indescriptibles, dejé de ir a la opera... Y pude comprar la pantera negra más maravillosa que pueda concebirse. De inmediato, la monja en año sabático que me lindaba, no me perdía de vista, pretendió abrumarme con un jaguar. Y, aunque parezca ilógico, lo conseguí.

Lo que más me duele es tratar con gente que carece de sensibilidad estética, gente que no percibe la cualidad, gente meramente cuantitativa. No hubo un solo propietario que se inclinase ante

la superior belleza de mi pantera negra; el jaguar les había cegado el entendimiento. Todos los vecinos, azuzados por el aire jactancioso y altanero del propietario del jaguar, se entregaron en cuerpo y alma a la faena de renovar sus animales. Yo tuve que reconocer que mi humilde pantera ya no me proporcionaba el estatus más alto de la comunidad.

Ante sigilosas conversaciones telefónicas que yo escuchaba -con la oreja pegada a la pared- que la monja en año sabático, mantenía con un señor anónimo, advertí que la disyuntiva era de hierro. Sin ningún remordimiento, vendí los muebles, las antigüedades, la lavadora y el televisor de plasma. En fin, que vendí todo lo que se podía vender y compré una descomunal víbora anaconda.

Es dura muy dura la vida de mis vecinos que son todos pobres y bastos. Sólo durante unos días fui el héroe del edificio.

Mi víbora rebasó todos los límites, destruyó toda la calma, echó por tierra las convenciones de educada convivencia. En todos los apartamentos fueron multiplicándose leones, tigres, gorilas, cocodrilos... Algunos hasta tenían especies en peligro de extinción, que ni siquiera poseen en el zoológico. En toda la casa resonaban espeluznantes, rugidos, aullidos, maullidos felinos, ladridos, parloteos de loros. Pasábamos las noches en vela, imposible dormir. Los olores nauseabundos entreverados de felinos, cuadrumanos, reptiles y rumiantes tornaban irrespirable la atmósfera. Grandes camiones nos abastecían con toneladas de carne, de pescado, de vegetales. La vida en la casa de la cuesta de santa Inés empezó a ser un poco peligrosa.

Fue una experiencia inquietante la que tuve, cuando, después de mucho tiempo, coincidí en la escalera con la joven y escuálida, estudiante de zoología, vecina del tercer piso, que ahora sacaba a su tigre de Bengala a dar una vuelta a la manzana para orinar. Pensé en el lagarto que había asomado la cabecilla por la abertura de la cremallera. Me enternecí. ¡Qué lejos habían quedado aquellos primeros, y quijotescos tiempos de las mascotas de compañía!

Llegó un momento en que no se pudo confiar en nadie. La portera, ante la tensa mirada de varios copropietarios, lavó en la fuente del patio ya sin macetas con agua y jabón a su elefante de dos cuernos, luego -como si allí no hubiera pasado nada- lo hizo penetrar a empujones y a duras penas en su apartamento. Esto era más de lo que estaba acostumbrado a soportar el del ático: unas horas más tarde subió triunfalmente las escaleras llevando de la brida a su foca.

La casa se halla ahora inundada por toda clase de inmundicias y medio en ruinas. En este momento, me encuentro redactando este informe, con mi ordenador portátil en la azotea, en condiciones desfavorables. Me sobresaltan el plañidero barritar del elefante que vive con los del ático B. Escribo con el reloj en la mano, pues, a intervalos de cinco minutos, debo guarecerme entre las ruinas de la escalera para que no estropee mi ordenador el chorro de vapor que lanza la ballena azul de la terraza de al lado. Y escribo con cierta inquietud, estando, como estoy, bajo la suplicante mirada del elefante, que, asomando la cabeza por la tapia, no cesa ni un segundo de pedirme galletitas. Mientras espero de un momento a otro a Noé y se lleve a todas las mascotas en su arca.

©Carmen María Camacho Adarve

LA PLAZA DEL DIABLO

CARMEN MARÍA CAMACHO ADARVE

Yo no es que sea un hombre supersticioso, la verdad, solo soy un poeta con pocos recursos y tengo que aceptar cualquier trabajo, a saber, vivo de las supersticiones ajenas. Por eso acepte el trabajo -nunca bien retribuido- que consistía en pasearme <cuando el reloj del ayuntamiento diera las campanadas de media noche> por la plaza de diablo. En ella según me contaron habitaba un diablo que no dejaba a los vecinos en paz, sobre todo tenía preferencia por las damiselas, los vecinos no podía transitar por la plaza a partir de la media noche sin ser molestados por el diablo. Ya digo que yo no soy supersticioso. He de reconocer que mi caracterización de damisela era magistral. Tanto que al pasear por la plaza de aquella guisa y cuando el diablo, acertó, a tocarme una de mis pantorrillas quedo tan espantado, que desapareció en medio de una nube de azufre.

Así fue como libre aquel pueblo desdichado de la maldición. Bueno eso es lo que conté al alcalde para que me retribuyera. Aquella noche fue memorable para todos los vecinos. Yo no es que sea supersticioso.

EL UNICO VIAJE

MANUELA CÁMARA PERAGÓN

“Por ahora toda pasión será remar hasta alcanzar el poema en ese movimiento”.

Miguel Oscar Menassa.

Nunca he sabido como empezar, sino poniéndome en acción, así que llené de aire los pulmones, lo suficiente para llegar al mes o aguantar medio año y salté al agua.

Desde la superficie, en el trayecto de la caída, fui aprendiendo de mi misma, conociendo mis relieves, los límites, visualizando uno a uno fantasmas y miedos hasta alcanzar una cartografía completa de lo que era mis sombras, hasta encontrar el fondo, y allí, buscando estaba la memoria de los muertos y muchos futuros oxidados abandonados en insignificantes derivas. Así, mucho tiempo perdida, hasta encontrar una madera carcomida sobre la que apoyar el pie y subir a superficie.

Después comprendí que todo lo había perdido y que tenía que construir de nuevo mi balsa con esas pequeñas maderas abandonadas, recuerdos en gris, aquel sol sobre el horizonte y encontrarme los brazos para remar.

En ambas orillas, escenas de familias que pasan, montañas que se van, flores que nunca tocaré, caminos que se abren entre la maleza y que entra al lugar desconocido del corazón de las manzanas y como continuo pensando que al camino se hace, no me abandono a la corriente y aprieto fuerte los remos contra los costados de mi cuerpo, me abandono a que las lágrimas hagan su milagro.

Una noche, mientras barcos enormes, con lustre, con nombres reconocidos pasaban por mi lado levantando las aguas, zarandeándome, se me acercó ese destino que a veces es una sola frase diciéndome:

“Pero tu ¿dónde te crees que vas?”

Y era el destino una conversación sobre lo inexplicable, preguntas y respuestas que se extendían a lo largo del cuerpo amontonándose en nódulos de palabras. Y era el destino una conversación sobre el deseo, sobre el poema que se escribe en el fondo de la mente, en el silencio, cualquier mañana de cualquier año, a veces se escribe desde el llanto, en el sobreesfuerzo, sobre los trozos de pan que uno no puede tragarse, hasta que una mañana uno descubre que el poema ha caído sobre el papel.

Yo escuchaba las risas de todos, desde los otros barcos, desde las orillas. Pero mi barca ya era mas que mi barca, era el único mundo transitable que quedaba para mi, la única forma de estar en el mundo que conocía, solo podía, perderme en la niebla y remar o perderme en la niebla y no remar.

Montada en mi barca me encontró el amor, me hizo mejor persona, no tuve miedo de encontrarme la noche en un bolsillo, ni de llenarme la boca de pétalos de rosas y miserias porque el

amor todo lo ennoblece, y mientras juntos volvíamos a ponerle nombre a las cosas, la muerte empezó a partir con su guadaña las palabras en dos, hasta que consiguió alcanzarme las articulaciones y la mente y se fueron apagando las palabras, ya solitarias, divididas, cada media palabra en un mundo diferente...quedaba otra vez sola... deslizándome locamente sobre la línea del poema.

El río era un monólogo oscuro, ausencia de todo, la inconsciencia enfriando los huesos...con la cabeza agachada, remaba y remaba.

Una noche, saltó de mi estomago una sombra que recorría desesperada las paredes de mi casa, yo la miraba como si no fuera mía, deseaba que fuera un sueño, que acabara...y era mas real que yo misma. Días y días la vi saltar como enjaulada sobre los bordes de las horas y sobre los bordes de la barca, a veces cuando parecía que nos hundíamos, hacia el otro extremo, a contrapeso saltaba, hasta que al caer una tarde tropezó con mis ojos, ingenuamente, como el que en un paseo por el campo tropieza con una rama, se levantó majestuosa y despacio, recorrió toda la barca y se sentó detrás de mi aprendiendo a remar conmigo, desde entonces yo no se quien de las dos habla, quien de las dos sueña y quien de las dos se calla.

Así nos lleo el invierno, fuimos un diálogo sobre la soledad y el aislamiento, ella barajaba los naipes y mis cartas eran todas blancas. Cuando olían mis poemas el mar que se aproximaba, nos soportábamos amistosas sin ninguna de las dos desear nada y se redujeron las frases a muchos momentos dentro de una sola palabra.

Y delante, el salto, al aire, al mar o a la nada, y mi barca de cristales, de maderas arrugadas, aguantando fuerte el rumbo, sosteniéndome, quemando, dispuesta a mantener todo aquello que importaba.

Porque el que aprende el universo de la palma de su mano, el que no teme perderse en el fondo de los sueños, el que carga con su abismo sin buscarlo y sin preguntarse por un antes, ese, es el poeta.

Catorce de Mayo de 2009

TANTO SUEÑAS, TANTO VALES

MANUELA CÁMARA PERAGÓN

“La puerta que abre cada futuro
consiste
en el pequeño paso
que aun nos queda por dar”

Lo sabía desde hacia tiempo. Había levantado el auricular muchas veces para preguntarle cómo estaba y lo había vuelto a soltar. Indecisión, impotencia, inutilidad, presa ansiosa siempre del miedo; terminó pensando que las ideas son las únicas que levantan verdaderas distancias entre los hombres, a ella, le crecían tanto las palabras que se atravesaban imposibles de saltar. Y deseaba quedar con él y escuchar su risa, sus comentarios en desacuerdo con el mundo, disfrutar de alguna forma de ese algo especial que siempre le había visto.

Estaba a solas con su deseo y no sabía como encuadrarlo en esta mañana de domingo solitario, donde pensar en lo que se pierde es visitar sin permiso el revés de los días, es hacer consistente, la sombra del tiempo desaprovechado, todas oportunidades perdidas.

¿Era él eso, un trocito de deseo no vivido?

Salió de casa con chancas de goma, bermudas negras y camiseta roja rumbo a la catedral, dispuesta a gastar aquellas energías en un largo paseo, bajo los rayos de este sol domestico que dibuja en domingo un ámbito solemne sobre las aceras abandonadas de transeúntes. Avanzó por la calle a buen ritmo hasta la frescura de la avenida, palpó en el bolso el auxilio del mp3, ansiosa de la compañía de Mozart, y sin embargo se sentía extraviada en esa larga calle que le protegía del cielo con las copas de sus árboles frondosamente indiferentes, que intentaba distraerle la mirada con pequeños ríos de agua sobrante de los aspersores del jardín del museo y que navegaban sin rumbo por la acera, esa calle que tantas veces recorría y que parecía que no tenía ni un antes ni un después.

Compró el periódico. Frente al kiosco, una de las cafeterías lucia recién regadas sus mesas metálicas, se sentó y pidió un café, buscaba entre sus páginas, los relatos, por si casualmente salía su nombre, ni ese consuelo tenía.

Un asco profundo se fue apoderando de la mañana, había una forma de invertirlo pero era insalvable. El camarero dejó el café sobre la mesa y la miró de forma extraña. Ella pensó “¿vaya incordio que soy, verdad?” pero cumplió con un simple “gracias”. Ese café podría ser muchas cosas, una llamada, una espera, un quizás. Se puso las gafas oscuras, en el país de los sueños, la oscuridad es media ley, entraba poco a poco en ese jardín donde después crecería el desencanto, porque no hay otra forma de construir el mundo nada mas que imaginándolo...

¿Subes a tomar un café?

Espérame, estoy ahí.

Divina imaginación, donde una historia ajena a la mañana estaba comenzando, abriendo las puertas a un lugar donde estaba todo por hacerse, remolinos de ideas semejantes a los nudos de las tormentas, iba a llegar hasta aquí, el mar, para conjugar la sal de dos cuerpos, el murmullo de los besos crecía entre las sombras, el aire fresco se levantaba con el paso de las hojas de los libros, las palabras de Sartre entrecruzadas como las piernas de los amantes con los versos de Celan, aproximándose uno a otro como los cuerpos celestes se acercan para entender su viaje, un mundo perdido reencontrado donde el surtidor de la fuente solo canta silencio.

La mañana avanzaba, casi nada podía romper su fantasía, excepto un grupo de jóvenes ruidosos que se sentaron en la mesa contigua. Pagó el café y tomó el camino de regreso a su jaula, con los labios rojos, hinchados, esperando el primer beso de su amante, deseantes de sabor, de calor, de alivio, todavía con el corazón agitado en el centro de una batalla dulcísima y avara, todavía con la imagen intacta, recreada e inconfundible que le preguntaba:

¿Quieres hacer el amor?

Deseo ser tu y deseo muchísimo mas. Deseo arrancarle todos los aromas al mundo, hasta dejar los dedos extraviados por los caminos invisibles donde nadie fue nombrado vencedor, hasta alcanzar el impulso del movimiento espiral de todo goce y todo olvido, es obvio.

Continuaba dirección a su casa, los pasos resonaban con sus gritos vacíos sobre el vacío que ascendía por las columnas de las piernas y retumbaba en su útero perdedor de sueños, sus pasos presionaban como en las cuevas vacías late la fuerza de lo oscuro, hasta llegar a las piedras que llenaban de sequedad la garganta, hasta asomarse a las ventanas que topaban en seco con la realidad estrecha de la luz. Un frasco de pastillas en su bolso, una cada ocho pasos, para poder llegar a su casa, para llegar a su cama, para dejar de pensar.

¿Quieres hacer el amor?

Deseo sentirte vulnerable y deseo muchísimo mas, hasta que quede curada esta nostalgia, mientras el pequeño juglar apaga sus antorchas y vuelven las horas y los dioses y el orden caótico sobre el universo.

Jaén 25 de Mayo 2009

UN RECADO

LOURDES CASTILLO DÍAZ

Me llamo Atia vivo con mi madre, Sinata, éramos muy pobres, un día no muy lejano.

Con tan sólo diez años, volví a sonreír, os cuento. Me dijo mi mami:

- Hija ve al supermercado, a por yogures de sabores.

- Vale. Iba cantando por la calle canciones tristes:

- ¡Qué desgraciadas somos, sólo queremos un trocito de felicidad!

¿Por qué nos castigas Dios, si vamos a misa todos los domingos, rezamos todas las noches, y no decimos ninguna palabrota? Cuando llegué al supermercado, vi un montón de yogures, de diferentes marcas y todas casi al mismo precio; así que me salí a la calle y fui a la cabina y llamé a mi mami:

- ¿Diga?

- Soy yo mamá, hay muchas marcas, casi al mismo precio, no sé cuál coger.

- Hija tenemos que mirar hasta por un céntimo, si hay una que cuesta veinte, coge la de diecinueve, sabes que no tenemos dinero.

Colgué, pero cuando le di a la cabina para que me devolviera el cambio, empezó a salir muchas monedas; sin parar, yo estaba muy asustada, no sabía que hacer, cogí solo lo mío, pero no sabía como tenía que actuar.

Esa maldita cabina no paraba de soltar dinero. Yo era muy pobre, pero no era ninguna ladrona, pasó un policía por allí y le dije:

- Señor policía, he llamado a mi mami, cuando he colgado, sólo he cogido lo mío y no para de echar monedas, digamos que vengo de una familia llena de pobreza, pero soy honrada.

El policía dijo: - No te preocupes niña, ese dinero es tuyo y de tu mamá, ya no serás pobre y ya sé que no eres mala. Con los ojos llenos de lágrimas, miré mi ropa mugrienta, rota, sucia y vieja, cogí el dinero y empecé a reírme de felicidad, por primera vez y canté canciones alegres:

- ¡Gracias te debo mucho, estudiaré y ahora soy la niña, más feliz de este mundo, estoy muy contenta! Llegué a mi casa, con sacos llenos de dinero y con la policía.

Cuando éste señor le contó todo a mi mami, de la misma emoción se quedó muda.

Se veía en nuestras caras y en nuestras miradas, nuestra inmensa felicidad, nos parecía un sueño del que no queríamos despertar.

MARTES, 26 DE MAYO DE 2009.

EL CANDELABRO MISTERIOSO

LOURDES CASTILLO DÍAZ

Ya llegó en Jinetota capital, la feria medieval. Hay de todo hecho a mano.

Esto que os voy a contar, le pasó a una gran amiga mía.

Era sábado por la tarde, Rina y Gina, eran muy buenas amigas, pero se habían distanciado, por los trabajos.

Esa tarde quedaron para ver el mercado medieval. Cuando se pararon, en un puesto concretamente, le llamó a las dos la atención, un candelabro, muy llamativo, chispeante, al final sólo lo compró Gina, a ella esas cosas le encantaba, fascinaba con ellas, pero ella quería utilizar ese candelabro, porque venía su novio, a su casa, porque hacía mucho tiempo, que no lo veía.

Quería que fuese romántico. Gina, ni siquiera pensaba, lo que realmente iba a pasar en ambas vidas.

Se fueron las dos a casa de Gina. Juntas prepararon todo.

Colocaron el candelabro, en el centro de la mesa. Esas dos llamas negras, no eran buenas. Ya se fue Rina y le deseó lo mejor. Al rato llegó Tino y besó apasionadamente a Gina. Entran los dos al salón, cenaron, a los pocos minutos, a ambos, les salía gusanos por la boca, bebieron, se fueron, al cabo de unos segundos, le volvieron a salir por la boca cucarachas, a puñados, bebieron y se fueron, pero lo peor de todo, le salieron, por la boca, tripas, pulmones... Murieron, dándose la mano. Llegó Rina, porque se había llevado el bolso de Gina, cuando entró, llamó a la ambulancia.

Le dijeron:

- Ya están muertos.

Uno dijo:

- Espera, tú amiga está embarazada y de muchos meses.

- ¿Tú sabías algo? Dijo Rina:

- No lo sabía, a lo mejor no dijo nada, por temor de perder a su novio, aunque lo dudo.

Rina miró el candelabro, éste se empezó a reír, lo cogió y lo quemó. Ahora gracias a ella, el niño se salvó.

Hoy en día, Rina cuida a ese bebé, como si fuese suyo. Desde aquel entonces, ella en su casa, no tiene ni siquiera velas, ni lámparas.

MALDITA COMPAÑERA

LOURDES CASTILLO DÍAZ

Él estaba con un dolor de cabeza. No le venían ideas para relajarse, fue a casa de su amiga, que vive lejos, a dos manzanas, de donde yace él.

Ella en vez de consuelo, le dio más quebraderos de cabeza. Él se fue a su casa apenado, junto con su dolor de cabeza horripilante.

Esto fue lo que ocurrió, le habían despedido del trabajo, por culpa de una compañera muy lianta, dijo de él cosas horribles, tenía moratones en todo el cuerpo y él ni siquiera había estado con ella, le acusaron de maltratador, estaba fichado por la policía.

Lo encerraron durante un año en la cárcel injustamente, siendo inocente.

Pero la penca de la tía iba todos los días a visitarlo, y a reírse de él, en todas sus narices.

Hasta que un día le vino una idea. Estaba ella presente, él empezó a chillar, a dar gritos, como un energúmeno, ella se asustó y confesó, justo en ese instante aparece el policía y la detiene. Ahora el jefe de su antiguo trabajo, como gracias a esa tía, estaban perdiendo beneficios, quería que volviese y él se negó.

Pensó: - No es orgullo, tengo el corazón dolido, echo pedacitos, he perdido parte de mi vida, he perdido a mi mujer y a mis hijos, todo por culpa de esa tía, me voy a tomar mi mano, encima no la encierran tan fácil como a mí, y le dan libertad condicional, conmigo no fue así y no me dieron libertad condicional, ni tardaron tanto el juicio, siendo inocente y ella culpable.

Iba siguiéndola a todos los sitios.

Ella se las apañaba para que el policía no entrase a los baños con ella.

Pero esa tarde él estaba allí y le dijo:

- Buenas amiga.

Ella se arrodó y se quedó sin habla cuando vio el arma.

- Hay que ver ahora no eres tan valiente.

Dice:

- Ya ves que me están condenando.

- Si ya veo que rápido y condena más mala.

- A que vienes, a matarme, hazlo de una vez.

- No, eso sería coser y cantar, gracias a ti, me he vuelto loco, he perdido a mi familia, mis hijos, mis propios familiares y mi vida, lo que vengo es hacerte sufrir, ahora si que me vas acusar de maltratador.

Pero ninguno de los dos, sabía que adentro en uno de los servicios, estaba su mujer con sus hijos, lo oyó todo y salió.

- No mi amor, no lo hagas, perdóname, no he sido una buena mujer.

En ese instante ella quería escapar. La mujer de él le hace una zancadilla.

- Nada de matarla, sólo la haremos sufrir hasta que suplique que la sentencien.

Por miedo, la tía suplico clemencia: - Perdonadme, si que me condenen rápido.

Él si rió y dijo: - Inocente, no tenía balas y es de juguete.

La mujer: - Me has engañado a mí también.

- Sí, ¿qué hacías ahí dentro, no tenías que estar en el avión?

- No podía irme, te amo tanto que iba a regresar y gracias a Dios, estamos juntos otra vez, perdóname mi amor, por haber sido una tonta.

- No tengo nada que perdonarte mi tesoro, tú eras otra víctima con sus engaños y sus pruebas falsas.

Al final la condenaron rápidamente, el juez fue muy severo, le dio cárcel solitaria, sólo pan y agua y encerrada por vida, sin derecho a salir, ni recibir visitas, ni llamadas por teléfono, aunque tuviera en la cárcel buen comportamiento, dinero que ganase de por vida iba destinado a esa familia.

Él y su mujer fueron felices para siempre, con la indemnización que le dieron, pusieron un hotel-fábrica en su ciudad.

DEJA TUS LÁGRIMAS

JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ

Deja tus lágrimas que a nada conducen. Verte sufrir me hace sentir culpable de quererte, de elegirte en mi vida.

No di mi consentimiento para este extraño viaje que nadie comprende. Un seco giro del destino me hizo perder a quienes me querían y me arrancó de tu lado. Al instante las paredes de esta habitación vacía se tornaron transparentes haciéndome creer que algún hechizo me protegía del frío tras una cortina de cristal. Traspasarlas me hizo comprender que este mundo era otro distinto. El frío se había tornado templanza. La belleza del campo con su colorido de ensueño, aparte de cautivarme, había logrado cambiar mi estado de ánimo.

El tiempo me ha cambiado. Poco a poco desaparecían los miedos y esta serenidad... Ahora siento que la rareza de la situación me empapa convirtiéndose en mi identidad. El campo huele a ti, a tu misma esencia, cuando en mi adolescencia tu desnudez me turbaba. La generosidad del sol me regala un raudal de luz y calor que hacen más agradable este momento. Tu perfume me sigue. Es incontrolable lo que me está pasando. No distingo si es un recuerdo, una pesadilla o un sueño. No soy capaz de sentirme yo mismo, sino una extensión tuya. Dime tú dónde estoy. Siempre tuve la impresión de que tu lucidez era mayor que la mía y que la necesitaba. Es esta una vida ficticia que un director de cine creó para mí. Quererte es fácil, pero... no entiendo nada.

Lo que he encontrado no se parece a aquello que en un principio imaginaba. No es el sitio, no es de color azul. Me hallo en un estado donde puedo participar de los que quiero sin influirles. Soporto mi soledad mirando desde tus ojos y me siento mal cuando tus lágrimas los inundan. No entiendo que quererme te cause dolor.

Me gustaría que pensar en mí sembrara una sonrisa en tu rostro, que recordarme te diera fuerzas para este juego con el discurrir de la vida que emprendimos juntos. Quisiera anular mi ausencia y proyectar mi fuerza en tu cuerpo, en tu vitalidad.

Jamás me hiciste sentir una de tus propiedades y no entiendo por qué pensaste que me perdías. Se pierden las cosas, no una pasión que nos pertenece, nunca el cariño que sientes hacia mí, nunca este amor que me crece dentro. Me enseñaste a mostrarme real, sin necesidad de enmascaramme. Ésta libertad que nace a tu lado, me atrapa con tanta fuerza que soy incapaz de desprenderme de tu recuerdo. Qué sin sentido, libertad que encadena. Alcancé mi deseo de tenerte y ese recuerdo me sostiene en este duro alejamiento que se nos impone. Si entenderte es tan fácil, ¿cómo es posible no comprenderme a mí mismo? No debería sentirme como una extensión tuya.

Podemos seguir disfrutándonos en esta distancia, si tú quieres.

Son hermosos los sentimientos que me transmites a cada instante. No llores por tenerlos. Quiero sentirme libre, poder ver alegría en quienes me eligieron. Quiero inundarme de tu felicidad, ser el recuerdo alegre de los que sigo queriendo. Cada meta que alcanzas es mi meta. Cada sueño que

logras es mi sueño. Cada persona que amas la amo yo también a tu lado. No necesitas mi consentimiento para querer. Soy feliz cuando tú lo eres. Disfruto al contemplarte desde mi ausencia cuando la felicidad te acaricia.

Sonríe cuando pienses en mí. Elegí esperarte. Te quiero.

SU ABANICO

JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ

Abandoné la soledad de mi ordenador y la tristeza de mi habitación para dar un paseo aprovechando el paréntesis que las nubes habían cedido a unos momentos soleados.

Desde lejos reparé en ella, llamó mi atención su silueta perfectamente recortada. Un muchacho la miró sin detener su camino.

Al llegar a su altura me detuve un instante. Después de dejar atrás la presión del qué dirán, me agaché y tendí mi brazo alcanzando aquella foto posada sobre la acera y acerqué mi mirada a sus ojos sonrientes. Me la llevé a casa y estuve varios días mirándola. Descentró todos mis pensamientos desde aquel silencio del dormitorio.

Mi vida necesitaba un paseo con urgencia. La abandoné junto a mi cama, mirándome, sonriéndome y conservando la huella que sobre sus espaldas blancas dejó algún caminante despistado. Me lancé a la calle. No podía olvidar aquella imagen. Me quedé frente a un escaparate mirando el colorido de un precioso abanico de palo santo, sin darme cuenta de la muchacha que se acercaba despacito parándose a mi altura.

- *Es precioso ¿verdad?* –Se dirigía a mí, mientras a mi lado contemplaba la belleza del objeto.

Al girarme sonriendo estaba allí. Era ella. La chica de la foto que días antes encontré en la calle. Mi corazón aceleraba su latido. Un impulso me hizo traspasar la puerta de aquel comercio para dirigirme al dependiente, mientras ella quedaba inmóvil observándonos. Compré el abanico e hice que lo envolvieran. Cuando salía de la tienda, ella se alejaba manteniendo la sonrisa. La alcancé:

- *¡Perdone, es para usted!*

- *¿Cómo?*

- *Es muy delicado para caer en unas manos que no lo aprecien y es una pena que el sol lo estropee en el escaparate.*

- *Lo siento no... no puedo aceptarlo.*

- *Si puede.*

- *Pero ...*

- *Sólo diga sí.*

- *Apenas tengo tiempo.* -Mientras, la cogí suavemente del brazo depositándolo en su mano. Continuamos juntos por una calle peatonal del centro llena de carteles luminosos. Por el camino me presenté y le conté la historia de la fotografía pidiéndole que me permitiera quedármela como recuerdo de aquella anécdota, a lo que accedió si le hacía una copia. Se lo prometí ilusionado, sería la excusa perfecta para la segunda cita. Quedamos para vernos al día siguiente en una cafetería que ambos conocíamos. Hace tiempo que el miércoles es el día de nuestro café.

LA NIÑA

JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ

El bullicio carga el ambiente haciéndolo irrespirable. Un hombre delgado con su nombre y su cargo bordado en un bolsillo mantiene un poco de calma. Dos señoras uniformadas intentan clasificar las carpetas detrás de los cristales de la oficina. Hacen pasar uno tras otro parte de los que esperan solicitándoles documentaciones y anotando incidencias, clasificándolos por orden de preferencia. Al tiempo que varios conductores, papel en mano, entran y salen de esta colmena.

En un rincón, bajo la claridad de las paredes recién pintadas, como apartada del paso, se encuentra una cama con armadura blanca y sabanas limpias esperando su turno. La ocupa Yolanda una preciosa niña de ojazos azules que fija la mirada en su madre, una señora delgada que se consume en la tardanza de esta espera sin soltar la mano a su pequeña. La acaricia sin cesar para darle ánimo y tranquilizarla, mientras la furia por mantenerla a su lado la convierte en su defensora más fiera. Cada vez que la puerta de la sala de espera se abre, la madre se sobresalta buscando con sus ojos la presencia de un salvador de entre los que se agitan hacia otro accidentado. Más aún si quien se acerca viste de verde.

Agarro la vida de la niña, mi niña, para que no se desvanezca. Noto sus latidos, su calor. El enjambre de humanos alborotados pasa por nuestro lado sin detenerse. Mi cuerpo ya es su cuerpo. Por mis tripas caminan sus fluidos y ayudo a sus venas a soportar este cauce sanguíneo que antes se le escapaba y ahora compartimos. Sé que mi existencia durará lo que tarde ella en recuperarse, pero me siento héroe al salvarla, cediéndole mi insignificante vida. He sido feliz al sentir este calor de su sangre corriéndome por dentro y el palpito de su alegría cuando abandonó su miedo y se sintió segura. Sus ojos se posaban sobre mí mostrándome su esperanza en una bandeja de sonrisas. Por un momento dejé de ser un simple catéter para sentirme vivo.

LA TORMENTA

JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES

Joaquim Boamorte apareció desorientado por las calles de la pequeña aldea costera como si hubiera sido vomitado por la tormenta y la noche.

El sabor salado del agua salpicada por la rompiente se mezclaba con el dulce de las gotas de lluvia que se estrellaban contra su cara. El aguacero le cegaba y le impedía encontrar un buen refugio.

Los habitantes de Buena Ventura se jactaban de que sus antepasados habían sido capaces de arrancar a la piedra y al mar un buen lugar donde vivir. Calles angostas, sinuosas, casi todas en cuesta, y casas incrustadas en la pared de un acantilado, imposibilitaban que cualquier forastero encontrara cobijo cuando se daba el aviso de galerna ya que en esos aciagos días sólo quedaba abierto "El Pinto", la taberna que Prieto se empeñaba en mantener en funcionamiento, pese a que la clientela era casi inexistente bajo esas condiciones, en recuerdo de tiempos más marineros. En esas noches el tabernero al sonar las doce siempre brindaba por las almas perdidas y rezongaba una oración por viudas y huérfanos de la mar.

Luces amortiguadas y puertas y ventanas apuntaladas fue con lo que se tropezó Joaquim mientras escalaba un empedrado resbaladizo, retenido y zarandeado por ráfagas pesadas, mantas que calaban su capote de pescador. Por fin vislumbró una abertura en la roca, única salida natural del pueblo si no tenías embarcación. En poco tiempo y espacio se abrió el terreno y los escarpes dieron lugar a un bosque espeso que flanqueaba lo que al aventurero forzoso le pareció más un camino mal asfaltado que una carretera comarcal. El viento había ido amainando conforme abandonaba el desfiladero y ahora ya podía respirar. Con un gesto de alivio se apoyó en la señal de salida del pueblo. "Ventura" leyó con las yemas de sus dedos en una tabla grabada a cuchillo, sin duda improvisada, que aún aguantaba tras haber sido partida por la mitad de un solo hachazo. Un golpe de ira- pensó... Una inspiración profunda y se impulsó clavando un poco más en el barro el cartel.

Por un momento no tuvo claro si podría levantarse y reemprender la marcha.

No había avanzado mucho cuando incierto oteó un movimiento o una luz en el bosque y el instinto, que en otras ocasiones le había sacado de apuros, podía despertarle de esta pesadilla. Para infundir ánimo a su espíritu dijo:

- Salgo del tercer infierno para meterme en el cuarto.

Abandonó el camino principal en un intento de interceptar un reflejo luminoso, difuminado por una cortina de lluvia fina tamizada por la arboleda y el matorral alto, que se desplazaba hacia el interior. Azotado, dolorido y exhausto su instinto le hizo parar; esperó agazapado, a distancia de buen cazador, mientras pensaba en cómo presentarse a lo que empezaba a parecerse a una comitiva que atravesaba sin problemas la espesura.

- ¡A Santa Compañía!- oyó a sus espaldas.

Joaquim estuvo a punto a punto de dar un salto pero se contuvo y respondió con voz titubeante si atreverse apenas a girarse.

- ¡Boas Noites!

- No se oculte amigo y hable como un hombre; nadie reparará en su presencia, ni en la mía, salvo alimañas, fieras y lobishomes.

- ¿Qué ha querido decir?

- ¡A Santa Compañía, la procesión de las ánimas! Cuando alguien muere van a buscarlo y lo acompañan hasta su destino.

A pesar de lo dicho, ambos guardaron un respetuoso silencio mientras la compañía pasaba envuelta en un aura pálida y mortecina que emanaba de los integrantes de la procesión.

- Por lo que veo está perdido- continuó. Ellos no le van a poder a ayudar todavía- dijo, indicando con su cabeza de forceps y su nariz huesuda a los últimos integrantes de la aparición espectral que se perdían entre acebos zarzas y oscuridad- Le guiaré hasta donde me sea posible.

- Sí, me temo que me he extraviado- contestó el muchacho.

- No me corrija no hablo por hablar; sígame le acerco a lugar seguro.

- Agradecido le quedaré de por vida.

- Que puede que no sea muy extensa así que procure que sea intensa.

- ¿A qué refiere maestro? (era habitual en Joaquim llamar maestro a los desconocidos de cierta edad ya que según su abuelo nadie se molestaba ante ese apelativo y la conversación pasaba a ser mucho más personal).

- A que, según dicen, aquel que puede ver a las ánimas cuando pasean, en esta noche, no tarda demasiado en ser visitado por ellas.

Una pausa en la charla se empezaba a perpetuar y permitía al forastero concentrarse en la marcha y ordenar sus pensamientos cuando...

- Aquí se separan, de momento, nuestros caminos. ¿Puede ver aquella humareda blanca? Madera mojada, fuego nuevo y chimenea alta. Conozco a los guardeses del pazo, alguna vez hospedaron a viajeros, nunca a turistas. Dígales que va de mi parte ¡Manuel Ferreira, a su disposición!

- ¡Boamorte, Joaquim, Obrigado!- y continuó porque se sentía insatisfecho con el fin de la conversación inicial...

- ¡Caballero! (pocos se quejaron, según la experiencia de su padre, cuando fueron interpelados de esta manera y quería amortiguar el efecto de sus próximas palabras) ¿No ha reparado en que usted también ha visto la procesión y eso indicaría que pronto vendrá a recogernos, a los dos, según cuenta la tradición?

- Cierto es, pero con una diferencia, que usted, quizá, intentará evitarla sin éxito, yo voy ahora a su encuentro.

El que surgió de la galerna quedó inmóvil observando cómo ese extraño hombre se internaba en el bosque con determinación. Tras recordar la escena en su mente el muchacho reaccionó y se dirigió al caserón donde avivaban el hogar. Miró por la ventana empañada y advirtió la presencia de

varias personas. Llamó al portón y recibió una curiosa respuesta.

- ¿Santo o difunto?, ¿Santo o difunto?- repitió una voz fresca y risueña.

- ¡Santo... de momento!- contestó, en un intento de honrar la forma de pensar y las palabras del señor Ferreira.

La puerta se abrió y un hombre se acercó mientras la joven que había hablado regresaba a una mesa bastante concurrida para esas horas.

- ¡Boas noites! Mauro Costa. ¿Qué se le ofrece?

Joaquim se presentó, expuso su situación y dio las referencias oportunas. Más que suficiente para recibir hospedaje.

- Pase y acérquese a la lumbre.

El hijo mediano esgrimía un atizador y tras rematar a una meiga imaginaria le indicó con ademán caballeresco un asiento, que se encargó de colocar estratégicamente de forma que pudiera secarse y no le costara participar en la conversación.

Contentos por la inesperada visita, le integraron rápidamente al grupo poniéndole al tanto de las costumbres familiares que llevaban a cabo en esas fechas especiales. Entre la noche del Día de los Santos y la madrugada del Día de los Difuntos cada persona debía dramatizar al menos una historia que causara tanto pavor que asustara al sueño y así podían concluir los arreglos florales que a la mañana siguiente ofrendaban a sus seres queridos fallecidos.

El joven Boamorte, pese a su estado de agotamiento, mientras la esposa de Mauro le habilitaba una estancia, quiso regalarles el relato de su reciente experiencia repitiendo al detalle diálogos y escenas completas, convencido de que aunque no era terrorífica la intriga les mantendría, un buen rato, despiertos.

Tan cautivador estuvo narrando lo acaecido que la hija mayor, una vez todos se retiraron, se coló en el cuarto que le habían preparado y cuando ya se estaba venciendo al sopor le musitó al oído:

- Recuerda que tu vida puede ser corta aprovecha las ocasiones...

Aunque Joaquim no era supersticioso y estaba seguro de que le quedaban largos años, sobre todo de trajo y disgustos, estuvo de acuerdo con muchacha que se metía en su cama y le abrazaba, con el señor Manuel, con su padre y con su abuelo. No era cuestión de desperdiciar momentos tan gozosos.

Con las primeras luces María se escurrió del jergón sin hacer ruido regresó a su habitación y se dispuso a bajar para preparar el desayuno.

Poco después la familia al completo se encontraba en el salón dando el último retoque a las flores de la abuela Silvia. La hija menor preguntó al padre que si despertaba al forastero... Tiene que estar hambriento- dijo.

- Déjalo que descanse ya le daremos un buen almuerzo cuando volvamos de la visita al cementerio.

A la vuelta, la niña pululó buscando por los alrededores y al no encontrar cerca al muchacho con el que había hecho buenas migas la noche anterior, recorrió la planta inferior sin resultados positivos. Seguirá acostado, estaba muy cansado- pensó. Subió corriendo al cuarto de invitados y lo encontró aún durmiendo con una amplia sonrisa. Le empujó y saltó sobre la cama convencida de que

aquel extranjero tan divertido no se disgustaría.

- ¡Padre! ¡No se despierta!- gritó una y otra vez.

- ¡Ya voy! ¡No seas pesada!

- ¿Qué pasa, que alboroto es este?- le preguntó su esposa cuando bajó.

- Está muerto.

- ¿Qué ocurre padre?- preguntó la joven.

- María hija, el forastero ha muerto. No lo entiendo, parecía bastante recuperado cuando se fue a dormir anoche. Por lo menos se le ve contento.

- Una pena padre, pero era su sino y es un buen fin despedirse en paz de la vida y al tiempo hacer honor a su apellido.

OBJETO DE BOTIN I

(La gran tarea)

JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES

Granizos de fuego sobre hielo verde en los albores de la Edad de las Gemas.

Todo había acabado. Cuando Torsten Krom arrancó el hacha del pecho de su par en el combate ya no pesaba, pues su ansia de dolor había sido saciada. Todo se apaciguó, se apagaban restos de estruendo en cielo y tierra.

Pendones desgarrados de los vencidos precedieron a un heraldo que lucía en su yelmo el emblema de la Casa de Ohm.

- Soy Torvald, Gran Señor de la Ribera nordeste del Lago Esmeralda -se presentó contundente.

- Aunque sirvieras a uno de los mismísimos dioses del Río Azul, tú no dejarías de ser un enclenque emisario que a duras penas se sostiene sobre el caballo- respondió con la autoridad que le otorgaba estar bañado en sangre sobre un montón de enemigos agonizantes.

No fueron suficientes escudo, brazal y coraza frente a ira, furia y ambición.

- Fortuna me ha conducido hasta el portador de arma tan legendaria- continuó frío, obviando el desprecio recibido- "De algo tenía que servirme ser de casta de diplomático, quizá sobreviva a este encuentro" pensó, mientras esperaba la réplica de aquel individuo, un cretino desconsiderado según su reciente parecer.

- ¿Eres pájaro de mal agüero o traes buenas nuevas?- continuó Torsten sin querer mostrar demasiado interés pero intrigado por la presencia de ese tipo de aspecto extraño, que mantenía pulcritud y parsimonia absolutas, pese a haber atravesado un terrible campo de batalla.

- Mi señor Torvald me encomendó localizar a un campeón digno y capaz de llevar hasta las últimas consecuencias la aventura más difícil y arriesgada que jamás haya sido imaginada - contestó tras llegar a la conclusión de que, sólo siendo directo y halagador al tiempo, podría comunicarse con uno de esos rancios y obsoletos "nobles guerreros".

- Una empresa de tanta importancia y sin duda repleta de obstáculos y peligros, tendrá como contrapartida, una recompensa apropiada- intervino Ingvar Balk, el más viejo, fiel y único amigo vivo de Torsten y el que siempre había velado por los asuntos monetarios de "su punta".

- Pongo por testigos a los dioses de los caminos de la entrega del sello que da derecho a audiencia personal ante el Señor del palacio-fortaleza de Idrish- pronunció con solemnidad Harald Krall, alargando un medallón al único soldado con el que estaba interesado en hablar.

Comprendió que se le hacía un honor al que pocos podían aspirar y que las últimas palabras de su compañero eran más propias de un mercenario que de un noble de renombrada estirpe, por lo que decidió apostar fuerte para impresionar al que, probablemente, tendría que dar referencias de él a la hora de asegurarse el "trabajo" y la correspondiente fama.

- ¡Acepto!, ¡Ante los dioses de la guerra, acepto la misión!, ¡Ningún otro podrá igualar mi determinación a la hora de culminarla!

- ¡Bajo el amparo de los heraldos del viento, pongo en manos de un poderoso paladín el llamamiento de Torvald de Idrish, Patriarca de la Casa de Ohm!- continuó ceremonioso.

- Torsten no te precipites, aún no ha soltado prenda sobre lo largo y costoso que puede ser llevar a cabo el encargo, ni lo que vamos a tener que invertir antes de sacar beneficios- terció Ingvar intentando calmar ese arranque de héroe desinteresado, habitual en su amigo, que siempre acababa afectando, a la baja, al peso de sus bolsas.

El enviado le acercó el documento que le fue confiado.

Para zanjar el asunto, el guerrero lanzó el pergamino que le había sido entregado a un charco macilento y lo pisó al emprender la marcha.

- No es necesario, hago mío el cometido sin reservas- reafirmó.

- Que sea lo que Fortuna disponga- sentenció el viejo renunciando a la esperanza de enriquecerse gracias a la tarea que se avecinaba.

- Caballero, no debería ser tan impulsivo, ni siquiera yo tengo conocimiento de la información que guardaba ese lacre.

- Apenas un ligero contratiempo, ya averiguaré los detalles en la audiencia prometida- respondió blandiendo la cadena que le acaba de dar.

- Lo que sí puedo revelar es que hay otros legados con embajada similar a la mía, que se completa con la cesión de esta valija que contiene mapas, un salvoconducto válido para todos los territorios originales y conquistados, más una lista con requisitos de obligado cumplimiento.

El Jefe de Guerra le pasó el tubo de cuero endurecido, ya abierto, a su compañero de fatigas para que se cerciorara del contenido.

- Lee Ingvar- dijo preocupado por lo imprevisible de las exigencias.

Revisó y revolvió hasta que extrajo un rollo al que le habían arrancado la mitad inferior. Lo desplegó presto, mas con cierto reparo.

- Leo...- dispuso tras un carraspeo.

+ El aspirante deberá presentarse en el palacio acompañado de alguien a quien confiaría su vida sin dudarlo.

+ Jinetes y cabalgaduras portarán armadura completa al pasar entre las Torres del Adiós y sus mejores armas al superar la Puerta de Jade.

+ Sus estandartes familiares les abrirán el paso y les seguirán los recuperados al enemigo.

+ Su estirpe será presentada con rigor.

- Maestro tú eres el primer requisito. El segundo a mano lo tenemos, sólo hay que despojar a los muertos de aquello que ya no necesitan.

- Pendones ensangrentados habrá de sobra en el campamento y los que demuestran el poder de nuestro linaje de camino de vuelta nos quedan, en nuestro hogar aguardan. Más que factible, el tercero- apoyó a su amigo.

- El cuarto a nuestra vera. El heraldo de la prueba que nos buscó y querrá abrochar el mandato y agradar hasta el fin a su amo.

- Eso no está tan claro- repuso Harald- Para ejercer una buena representación el comisionado debe respetar al ensalzado y mostrar convicción al elogiar su valor y no sé si estoy persuadido de ello.

- Es posible pero igual tiene que regresar... y llevamos la misma dirección. Lo único que tiene que hacer es aceptar acompañarnos al lugar principal de nuestra familia y estudiar, abolengos, estirpes y zarandajas.

- Empero, para rehusar esa tentadora invitación, me escudaré en mi desconocimiento de sus verdaderas cualidades y en mi desconfianza profunda en lo relativo a su concepción moral.

- Eso tiene arreglo, piénselo y acójase a la hospitalidad de nuestra tienda en tanto nos equipamos para el viaje; durante la espera puede indagar cuanto guste entre los integrantes de cualquier compañía del ejército.

Tres jornadas bastaron. Admiración y respeto no exento de un alto grado de miedo, envidia y resquemor, alumbraron sus pesquisas. Sus vecinos hablaron de coraje y valentía sin mostrar aprecio hacia ellos o sus compañeros muertos. Lo que Ingvar había denominado "su punta", una falange de choque y penetración, terror de las infanterías pesadas opuestas. El robo a los muertos que tanto lo escandalizó era "derecho de botín" logrado tras años de lucha cruenta y victorias heroicas. El "Hacha de la Aflicción" ganancia de una desastrosa campaña de incursión en los Páramos Impíos, donde tras capturar a un hechicero de la Orden Roja fue honrado con el grado de "Jefe de Guerra" de las extintas Hordas Libres. Su forma de combatir, a mandoble y sin usar protecciones metálicas, renombrada. Su mano derecha, su maestro de armas. La memoria de su padre, su balanza. Las hazañas de sus ancestros, olvidadas.

- Será fácil de narrar- se dijo en un susurro y abrazó el sueño.

La cuarta alborada les trajo el hielo y el viento del este.

- Espero que mi memoria me permita glosar como se merece su profundo abolengo. ¿Cuándo partimos?- inquirió en voz alta.

- Cuando lo quieran las ánimas y se calienten las gachas.

- ¿Almortas huérfanas Ingvar?

- Mejor eso que nada.

Durante el retorno a los "territorios del Lago", incluida una breve estancia en la mansión matriz de sus "esforzados" acompañantes, el heraldo fue sometido a un interrogatorio constante. Para evitar el martirio en las jornadas restantes hasta divisar las Torres del Adiós y poder preparar sin interrupciones la presentación, decidió aplacar la zozobra de Ingvar.

- Nos encontramos a no más de diez lunas de nuestro destino primero y eso os acerca también a vuestro premio. Si todo transcurre como ni señor espera, pronto tendréis en vuestro poder diez arcones repletos de oro y plata, cofres de joyas y serán de vuestra propiedad algunos de los valles más fértiles de la región con todas sus rentas, bosques, animales y siervos.

Tres días después tuvieron un encuentro oficial con un mensajero.

- ¡Albricias!- dijo Harald- Me comunican que a nuestra llegada corresponderán con una gran recepción ya que uno de los otros dos escogidos para enfrentar el reto propuesto, sufrió graves contratiempos y tuvo que renunciar. Además, el otro enviado, al contrario que yo, no tuvo éxito pues no encontró nadie dispuesto a afrontar las graves dificultades y extremas penalidades que acarrea un

fracaso, tras comprometerse a llevar a buen fin empresa tan complicada con persona tan principal y poderosa como es Torvald de Idrish, Alta Autoridad del Consejo de Lago.

- Mi corazón no alberga dudas en ese sentido. Los deseos de tu amo serán satisfechos y la Casa de Ohm celebrará por siempre mis logros - contestó Torsten dispuesto a reforzar su leyenda de aventurero invencible.

Jamás soñaron con semejante bienvenida. Conforme avanzaban por las calles de la ciudadela llovían pétalos, serpentinas y trozos de papel de vivos colores; a su paso se sucedían vítores ininteligibles, fervorosos aplausos y grandilocuentes reverencias.

“Y eso que todavía no hemos hecho nada”. “Cómo será cuando regresemos victoriosos”- comentaron henchidos de orgullo.

Embragados por vapores de gloria y fama dejaron atrás las Torres del Adiós. Descabalaron y fueron guiados hasta un pasillo de grandes arcadas que atravesaron enfebrecidos por su triunfal paseo a grandes zancadas. Frente a ellos se alzaba una portada de ámbar labrado y unas magníficas puertas de jade talladas con maestría.

El heraldo apretó el paso y con un gesto les indicó que le siguieran a cierta distancia. Se abrieron de par en par las puertas y cuando cruzaban el marco e iniciaba su presentación, esto fue lo que sus ojos observaron con espanto: Grupos de “grandes hombres” con sus damas, a los lados; al fondo un altar al dios Tôth consagrado; a la izquierda, al final de la escalinata, una mujer con velo y apabullante manto blanco ricamente bordado; y lo más horrible, a la derecha, un inquietante hueco vacío esperando a un incauto.

De los labios del padrino, entre dientes, se escapó un mal presagio.

- Maldit... Fort... una boda.

Muerte en vida aguardaba a cien pasos largos.

Harald Krall estaba terminando.

CONFABULACIÓN

JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES

LOS ÁCAROS

¡Ahí viene el cepillo, nos toca viaje!

- Suerte chico, yo voy a intentar montarme en esa gran pelusa.
- Me apunto, aunque parece que va hasta la bola.
- No sé se empeñan en barrer tanto, lo único que consiguen es cambiarnos de sitio y aumentar nuestras horas de vuelo.
- A mí las cosas no me van mal pronto me darán los galones ¿Cuántas llevas tú?
- Yo... veinte de cepillo, treinta de plumero y diez de estornudo supersónico.

LAS MOSCAS

- ¡Qué ilusión hoy me estreno!
 - Pues a mí no me hace ninguna gracia que me inmolen en unas maniobras.
- En la penumbra, creada por contraventanas entreabiertas y cortinas de arpillera, una escuadrilla de moscas verdes pulula sin aparente objetivo.
- Comandante, hoy va a ser imposible la demostración- dijo una de aletear nervioso.
 - No digas tonterías, se acerca la hora del café.
 - ¡Con su permiso señor! Esta gente de ciudad es muy aficionada a los cubitos de hielo y la cafetera está llenita, lo sé de buena tinta- dijo otra, que intentaba reiniciar el vuelo desde el borde de un cacharro, empapada en un líquido negro.
 - ¡Cadete!, le tengo dicho que no se dope, que luego hay mucho accidente en vuelos rasos entre los fogones.
- Carmela no aguantó más, todos dormitaban alrededor de la mesa del salón, apartó la silla de un salto y se dirigió a la cocina.
- Voy a preparar café- se excusó.
 - ¡Humana a las tres y cuarto!- exclamó la que vigilaba el flanco.
- El baile aéreo, errático y sin sentido, se convirtió en una dispersión organizada de claro espíritu militar.
- La mujer cogió una caja de cerillas la abrió extrajo una y rascó su cabeza. Luego encendió el fuego y en él un cigarrillo aplastado que rescató de un bolsillo. Echó un vistazo a su alrededor y agarró el mata moscas con indolencia.
- Estupendo llamas, líquido hirviendo, y elemento vivo, hostil, móvil y armado.

Un gran reto reclutillas.- dijo el sargento, seguro de que la incursión al interior de la casa sería un éxito, a los ojos de sus superiores, aunque hubiera alguna baja.

LAS HORMIGAS

Se despertó de su siesta, para Roberto eran lo mejor de las acampadas.

“Tengo la pierna dormida y un hormiguelo raro en el pie”- pensó.

Al incorporarse y apoyar fue como si le clavaran cuchillos en la planta.

“Típico siempre me pasa cuando duermo más de dos horas después de comer”- se dijo sin abrir la boca.

El dolor intenso le hizo mirar al suelo y vio que un charco de sangre se expandía entre una masa negra informe. Sin duda salía de su pie.

- Señor, ha sido una masacre, hay cientos de hermanas heridas, decenas han muerto aplastadas y otras tantas ahogadas.

- Ya les advertí que era mejor empezar por la cabeza. Esta es la marabunta más indisciplinada y peor organizada de la historia. Como el humano se nos escape vivo van a rodar cabezas.

LA VOZ DEL AYER

MARÍA JIMÉNEZ RAMÍREZ

Los ruidos poco a poco se van amortiguando y la noche va cayendo inexorablemente.

Ella mira al cielo, un manto de estrellas ilumina el terciopelo negro del firmamento. En un rincón del jardín, tenuemente se vislumbra una figura de mujer alada, volátil, ocultándose. Va avanzando un poco mas a cada paso que da. La luz de la casa deja apenas entrever su rostro joven. Su cuerpo ataviado con una suave túnica de color blanco resplandece en la oscuridad. Lentamente, va aproximándose a la casa, recorre con mirada acariciadora cada rincón del jardín, las flores, los árboles, el columpio. Se acerca y roza con los dedos la silla. Un suspiro sale de la garganta y una lágrima escapa de sus ojos, unos ojos de mirada profunda y herida. Sus recuerdos le llevan allí, donde no tenía que haber estado—pero...tenía que decírselo no podía callarlo mas.- ¿Qué pasó después? No lo recuerda. El viaje ha sido largo, esta cansada. De pronto, un ruido hace que gire la cabeza y observa con atención de donde proviene. Mira hacia el ángulo opuesto de la casa y el cuerpo sufre un ligero temblor, esto le trae recuerdos, de nuevo siente como su cuerpo se tensa. Las piernas apenas la sostienen, el corazón se le llena con una sensación tan absorbente, que tiene que inspirar profundamente para no ahogarse. Transcurren unos segundos y con el pensamiento de nuevo se traslada al instante en que lo dejó todo. Recuerda como la vida-su vida- transcurría día tras día. Era feliz, esa felicidad a veces le daba miedo, temía que podía perderla, hasta que llegó el instante en que se paró su tren; no quiso seguir viajando, no quiso hacer traspaso y seguirlo a él, eligió parar, saborear el momento—darse tiempo—cada minuto, vivirlo con ellos: sus hijos y Antonio.

Lo dejó todo, el trabajo, las amistades a él, se dedicó por entero a su hogar, dejó una vida que prometía emociones, activa y llena de pasión, por el lugar que, aunque no quisiera, le correspondía - dedicarse a ser madre y olvidarse de él -. Cómo duelen los recuerdos.

Esta amaneciendo, la luz del día esta a punto de brotar, el cuerpo le duele tanto, tanto que no quiere que la vean, no puede seguir aquí, así no ,se lo dirá en otro momento.

Tiene que esconderse, tiene que buscar la paz, el equilibrio, se oyen voces, risas infantiles que provienen de dentro de la casa.

Los pies no le responden, esta como petrificada, de pronto esa voz y sólo a unos pasos de ella. La voz amada, en la radio pero distinta.

No puede ser, tengo que irme, volveré y se lo contaré en otro momento.

La voz del locutor habla a través de las ondas con una entonación de tristeza y pesar, con palabras entrecortadas dice:

- Ángela nos dejó, se fue muy joven, ya no esta entre nosotros, siempre estarás aquí en nuestro recuerdo, te llevaste contigo todo nuestro amor. Descansa en Paz. Yo siempre te llevaré en mi corazón.

Jaén, veinticuatro de mayo de 2009

AMOR DE HUMO

MARÍA JIMÉNEZ RAMÍREZ

¿Cuántos años? Muchos, sin embargo parece que fue ayer. El primer día casi me desmayo cuando sentí en mi boca tu aliento, pero desde ese momento, te apoderaste de mi voluntad. Desde ese instante siempre fuiste imprescindible en mi vida, tanto que quedó anulada para otra cosa que no fueras tú. Mi mente no tenía otro deseo más que pensar en ti, que nunca me faltarás.

Es increíble qué grado de dependencia tenía hacia ti y cuan equivocada se puede llegar a estar. ¡Cuántas tonterías se pueden cometer sin darse apenas cuenta de ello!

Para mí tú eras el escape, mi asidero en los malos momentos, que por cierto, fueron tantos. ¿Té acuerdas el día que me jugaba la vida por aquel empleo? Si no es porque tú me tranquilizabas, no hubiera podido resistir el nerviosismo que me producía esa entrevista. Mis manos y todo el cuerpo parecían ramas de bambú que el viento movía a su antojo.

Mi confidente, mi amigo inseparable. Era feliz si tú estabas a mi lado. Las noches de insomnio las pasabas conmigo, fiel, siempre a mi lado. En los momentos de angustia y dudas e incluso enferma, estabas ahí. Sólo pensar que podría estar un solo día sin tu presencia, mi vida se convertía en un infierno. Transcurrieron los días y no me di cuenta que me tenías dominada y casi enferma por ti. Ni de lejos pensé que algún día podría vivir sin estar contigo, para mí eso era impensable. No me hacía a la idea de perderte, sólo de imaginarlo mi cabeza daba vueltas pensando en los peores horrores.

Un día no sé que pasó, pero de pronto me di cuenta que ya no te necesitaba, que no quería tu presencia inmundada, tu olor a muerte, tu figura ya no me satisfacía y menos aun tu aliento en mi rostro. Vi claro que mi vida, entre tus garras se me estaba yendo. Decidí no esperar más y en la mañana de ese sábado, muy temprano, me levanté con la idea rondándome en la cabeza, me dirigí al baño. Observé en el espejo a una mujer todavía joven, con ganas de vivir y comerse el mundo, con la certeza en la mirada de que siempre hay tiempo para morir. No se puede estar cada día lamentándose de que esta forma de vida no la quiero, que tengo que cambiarla. ¡Hoy es el momento! Abrí la ducha y dejé que el agua purificante limpiara mi cuerpo y mi mente; froté la piel con rabia, para borrar toda huella y envuelta en una toalla me dirigí al armario oscuro del ángulo izquierdo del dormitorio, con determinación. Me vestí con un traje blanco impoluto para la ocasión, calcé mis mejores tacones y perfume, me dirigí hacia la puerta de la calle y cogí las llaves de la mesa del recibidor.

-Hoy es el día, hoy abandono esta esclavitud, iba pensando.- Junto a las llaves estabas tú, alargué la mano y te cogí, con fuerzas y determinación te apreté entre mis manos destruyéndote sin titubeos. A ti, al paquete de cigarrillos rubio, al verdugo, al maldito, y te tiré a la basura. ¡Por fin fui libre!

Jaén, veinticuatro de Mayo de 2009

Leer en pandilla la sección de anuncios eróticos de un periódico puede ser divertido; pero leerlos sobre espíritus, puede conllevar otras consecuencias.

Aquel día estaban reunidos en la cafetería de la Universidad. Leían el horóscopo, anotaban horarios de películas, fue Jaime el primero que habló:

—Escuchadme, os leo este: “Madurita, tetona y sexy, busca joven cachondo. Solo sexo. Sin compromisos. Llama.”

A este anuncio siguió otro y otro y las risas contagiaron a todos. Jorge pasó la página del periódico y exclamó:

—Chicos, atención, este es el mejor. Es un anuncio sobre espíritus, os lo leo: “Envía MASALLA + nombre al 7555 y recibirás en breve una llamada o mensaje de esa persona que tanto añoras y ya no está entre nosotros”.

—Vaya tontería –dijo Jaime- no me vengas con estupideces. Los espíritus se pasean ahora por ahí con móvil, ja ja, ja.

—Ni me lo creo, ni lo dejo de creer, pero respeto opiniones. Haz tú lo mismo –dijo Jorge-.

— ¿Qué pensáis los demás? –Preguntó Jaime.

Sentado en la mesa de al lado, con la cabeza entre los libros y tomando un café, Óscar había permanecido en silencio, escuchándonos. Todos le conocíamos, era un poco reservado, pero una gran persona. Se acercó y nos dijo:

—Os aseguro que envío ese mensaje y no ocurre nada. Pero y si es así, ¿Qué?

—Nos relatarás tu experiencia y pediremos perdón a los espíritus en el periódico – dijeron Jaime y Jorge riendo todos al unísono.

Aquella misma tarde envió el mensaje. La expectación era total. Todos estaban reunidos en torno al móvil mientras Óscar escriba “MASALLA LEONOR” y lo envió al 7555. Sólo quedaba esperar. Esperar a que ella se pusiese en contacto con él. Tras la muerte de Leonor, los compañeros tardaron en reponerse de su pérdida. Algunos más que otros. Óscar aun seguía pensando en ella. Sabía que no llamaría nadie, que esos anuncios son una estafa y que había gastado casi tres euros por seguirles el rollo a sus compañeros.

Eran las 00:30 cuando se acostó, cansado de un largo día de estudio. No recordaba cuando se durmió, pero a las 3:15 una llamada al móvil lo sacó de su sueño.

—“Numero Oculto” ¿Quién será el gilipollas que me llama a estas horas con numero oculto? – Siguió durmiendo.

Media hora más tarde, fue el sonido de un mensaje lo que lo desveló. Estuvo a punto de apagar el móvil, pero la curiosidad pudo más y abrió ese sobre parpadeante. Remitía 7555 y decía:

—Gracias por contactar conmigo. Te espero a las 4:00, en tu salón. Tenemos muchas cosas que decirnos. Leonor.

Miró el reloj, las 3:50. Las preguntas crecían en su cabeza - ¿Qué era ese mensaje?, ¿Leonor?, No, no era posible, pero ¿Y si lo era? ¿Y si ella estaba a las 4:00 en el salón? Tenía tantas cosas que decirle, contarle como la han echado de menos, que los días no son iguales sin su sonrisa, las sesiones de estudios tediosas sin sus explicaciones; que en su corazón, aún sigue siendo invierno por muchas primaveras que hayan pasado. Que ella le cuente como le va en su "nueva vida" y si se encuentra bien en su nueva ubicación. A las 4:00, se dirigió en pijama al salón y con sigilo abrió la puerta. No había nadie. Estaba asomado al balcón cuando oyó que le llamaban. Al volverse, la encontró frente a él. Bajo una capucha reconoció el flequillo rojizo y las pecas que le conferían aquel aire pícaro. Sus finísimas cejas daban paso a unos ojos castaños de misteriosa mirada, unas mejillas sonrosadas y unos perfilados labios caramelo. Se acercó y lo besó en su entreabierta boca. Un beso de algodón, dulce. Lo cogió de la mano -notó su nerviosismo- y lo acompañó hasta el sofá. Volvió a besarle, esta vez de manera más cálida y prolongada. Leonor tomó la mano a Óscar acercándola a sus senos; el tacto le agradó y los acarició. Ella se quitó la camiseta y deslizó lentamente la mano por la cinturilla del pantalón del pijama, jugueteando con los dedos, a la vez que lo invitaba a hacer lo mismo. El calor y la excitación se iban apoderando de ellos y se encontraron desnudos, dejándose llevar por sus deseos. Al amanecer, ella le susurró:

—He de marchar. Se me acaba el tiempo por hoy. Sabes como contactar conmigo.
Y con un apasionado beso, desapareció.

Al día siguiente los compañeros, impacientes preguntaron con curiosidad:

— ¡Eh! Cuenta ¿Qué tal anoche? ¿Te llamó o mando un mensaje? —rieron.

—Como era de esperar, no ha ocurrido nada de nada —les contestó Óscar.

Desde aquel día van a cumplirse dos meses.

Óscar, recibe por las noches un sms a las 3:30. Remite 7555. Leonor.

Jaén 26 Mayo de 2009

BLANCO Y NEGRO

MARGARITA LIZCANO PRESTEL

Y todo se tornó blanco a su alrededor. Las paredes de la institución, las batas de los auxiliares, el mobiliario. Todo.

Ingresó para desintoxicación a recomendación de médicos y especialistas. Pero ella sabía que no tenía curación.

Si, era una yonki, era adicta, pero lo era a él. Adicta al susurro de su voz en el cuello cuando hacían el amor, al sudor que después envolvía sus cuerpos, a empezar una y otra vez hasta la extenuación. Reír y fumar un porro de vez en cuando, notar sus besos deslizarse por el cuello musitando historias y perderse de nuevo entre las sábanas.

Demasiado perfecto para durar, se decía. ¿Cuántas veces habían hecho ese mismo trayecto los dos en la vieja vespa? ¿Cuántas veces habían bajado al pueblo a comprar provisiones? Siempre que ella conducía, él ponía especial hincapié en la distancia de seguridad. Decía que los coches ignoran a las motos y más aun si son pequeñas, como era la suya. Aquel día bajó él sólo al pueblo. No regresó.

La moto, un cruce, un conductor a la fuga y todo acabó.

En el silencio oye el susurro de su voz y vuelve a estremecerse, pero nada es igual.

Y todo se torna negro a su alrededor.

Jaén 26 de Mayo 2009

APOCALIPSIS

MARGARITA LIZCANO PRESTEL

Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los que cometen inmoralidades sexuales, los que practican artes mágicas y todos los mentirosos recibirán como herencia el lago de fuego y azufre. Ésta es la segunda muerte.

Apocalipsis 21,8

Desde la Loma de las Amapolas, sentado en su sillón, divisaba cómo las llamas iban consumiendo su casa. Hacía calor. Se secó el sudor de la frente y bebió agua. Desprendía un desagradable olor a gasolina y recordó lo ocurrido aquella misma tarde.

Su madre, una mujer obsesivamente religiosa, había salido a la iglesia -a rezar las estaciones, le había dicho- y aprovechó esa ausencia para encontrarse con Eva.

¡Eva, Eva!-nunca le gustó a su madre. Decía de ella, que era la reencarnación del mal, pero para él, era perfecta. Llamaba a las cosas por su nombre, decía siempre lo que pensaba y a Dios lo llamaba de tú. Eso irritaba a la madre que la llamaba sacrílega, prohibiéndole la entrada en su casa.

Se encontraban los dos sentados en el sillón del garaje, cuando llegó la madre.

— ¡Mamá! ¿Qué haces tú aquí? No te esperaba hasta dentro de una hora.

— ¡Lo sé! Por eso he vuelto. Sabía que ella estaría aquí. ¿Cómo has tenido valor? ¿Di, cómo?

—Gritaba con los ojos desencajados y la vena del cuello a punto de estallarle.

— ¡Mamá, por favor, tranquilízate! Te va a dar algo.

—Si, por favor señora, tranquilícese.

— ¿Tú me pides que me tranquilice, tú que eres la que me altera? Hija de Satanás.

— ¡Basta, mamá! ¡No te consentiré que sigas tratándola así!

Al oírle decir esto, se giró, tomó de la mesa de trabajo un martillo y asestó en la cabeza de Eva un certero golpe que la dejó tendida en el suelo, inmóvil.

— ¡Toma hijo, ya basta! Gritó al marcharse entregándole el martillo. -Al día siguiente, en la iglesia, se lo contaría todo a su confesor; de rodillas frente a la imagen de Cristo, rezaría en silencio la penitencia impuesta. Con la señal de la cruz todo le quedaría perdonado.-Pensó para sí misma buscando serenidad.

— ¡No! —gritó, echándose a llorar sobre el cuerpo ensangrentado y sin vida de Eva y notó como un nuevo sentimiento de odio, crecía hacia su madre.

Por la noche, esperó a que ésta durmiera. Subió el sillón a la Loma de las Amapolas. Esparció gasolina por la casa y le prendió fuego. Su madre no iba a despertar, unos cuantos somníferos se

encargarían de ello. Cuando surgieron las primeras llamas subió a contemplarlo cómodamente sentado.

Avanzaba el fuego y con él se purificaban esos sentimientos de odio y rencor. Lloró, y llorando sintió paz en su frustrada alma y sonrió. Volvió a mirar al fuego y en las llamas reconoció la silueta de Eva que lo llamaba. Desde su atalaya ve como avanza rápida y luminosa, la caravana de bomberos. En su cabeza, la imagen de Eva se hace más fuerte.

Se incorpora de un salto, corre hacia la casa y se adentra-ante los gritos de pavor de los vecinos- entre las llamas que lo abrazan.

En los periódicos, al día siguiente, un mismo titular: "El fuego vence a joven héroe."

Jaén 26 de mayo de 2009

PROSEGUIR

MARGARITA LIZCANO PRESTEL

Los acontecimientos mantenían agitada su mente e inquieta su alma.

En el piso de arriba, la vecina escuchaba una y otra vez aquella horrible canción de Camilo Sesto - “Y ya no puedo más, y ya no puedo más”- , que en aquellos momentos tanto definían su situación.

Se incorporó de un salto del sofá en el que estaba abandonada y rebuscó en el cajón de los cd's. En otro tiempo, aquel cajón era un prototipo de orden, ahora el caos lo invadía. Sabía que debía estar por allí, no se había desprendido de él. Mientras buscaba, cantó –como hiciera algún tiempo atrás-una de sus canciones y empezó a notar como una lágrima resbalaba por la mejilla y que otra la seguía.

—Vaya con la letra de la canción -dijo en voz alta para oírse- afanada en la tarea de localizarlo. Por fin lo encontró, al final del cajón, bajo otros discos.

Abrió el libreto, leyó detenidamente la letra de una de las canciones y notó como otra lágrima surcaba su mejilla y luego otra, dando rienda suelta al llanto que sabía que al final le haría tanto bien.

En la portada del cd, una caricatura de una pareja en la que se reconoce a ella con un muchacho. En la mesa del salón un periódico, con fecha 26 de Febrero de 2009 y en un lateral un pequeño titular: “Joven músico muere en accidente de tráfico”. La fotografía que publica el periódico es similar a la carátula.

Ahora recuerda que fue ella quién lo escondió. Sus familiares y amigos consideraron que sería mejor destruir todas las copias para que se recuperase lo antes posible.

—Pero, ¿Quién se recupera de perder a la persona que ama? - Se decía ella.

Secó sus lágrimas. Se dirigió hacia el equipo de música e introdujo el cd. Cantó una por una todas las canciones, como si de una actuación se tratase. Cuando terminó, besó la carátula, y se despidió de él. Había sido su última actuación juntos.

Mayo de 2009

Jaén 26 de

EL CONTACTO

M.CARMEN RODRÍGUEZ MOLERO

Roberto ha muerto. Sumisos a la costumbre, la fila de indolentes pasa delante de la viuda. Todos repiten: te acompaño en el sentimiento. Trini vestida de negro y con los ojos ocultos tras unas gafas oscuras ha acudido a la cita sin maquillaje, sus labios impasibles responden gracias una y otra vez, mientras sus manos se aferran al contacto de un móvil, que guarda un mensaje que él no envió.

Los amigos que compartían con ellos las tardes de los domingos, al final de la fila, alaban las virtudes del difunto. Mila inquieta abandona el grupo, anda sin sombra entre la hilera de tumbas que lucen ramos de margaritas mustias, como mustia está la viuda, hace dos años que Roberto sólo le daba las caricias que a Mila sobraban. El mármol blanco de las lápidas la ciega como cegaba él sus sentidos. La voz de Manuel la devuelve a la realidad.

-Mila, ¿qué te pasa? Estás amarilla.

-Es el calor – responde a su marido.

Mila vuelve a la fila, diez personas y estará frente a la viuda:

-Lo siento – le dice al acercar su mejilla a la de su amiga.

-No puedes imaginar cómo sufro – le dice Trini mientras traslada el móvil de una mano a la otra con movimientos compulsivos.

Mila siente el sol en su cabeza, le quema, como ayer le quemaban los besos que le dio Roberto al despedirse en el ascensor, antes de embriagarse con la última mirada en el hall del hotel. Con el perfume de su cuerpo en su cuerpo, arrancó su moto, después de redactar el mensaje que luego le enviaría, y en la primera curva que lo alejó de ella, dijo adiós a la vida.

-Las tardes de los domingos nunca serán como antes – dice Manuel a Trini.

Las tarde de los domingos ya no serán como antes, Mila no tendrá que esconder sus gritos cuando se ofrecía voluntaria para preparar las copas y entre hielo y hielo derretía su cuerpo al fundirlo con el de Roberto en un improvisado rincón. Ya no tendrá que buscar en su armario el vestido más ajustado, ni los tacones más altos para estar cerca de su pecho y sentir el palpar de su corazón.

Tras despedirse bajo el arco que cubre la puerta del cementerio, los amigos quedan para verse el domingo por la tarde, esta vez en casa de Mila y Manuel. Todos acuden a la cita, excepto la viuda. Hoy no cuentan chistes, hoy sólo beben y callan, y entre silencio y silencio hablan de Roberto.

Mila sentada en un rincón, con sus ojos azules coronados de rojo, saca del dedo su anillo de casada y lo vuelve a meter, no oye a sus amigos, hoy no preparará las copas. El tono de su móvil la saca de su ensimismamiento, es la canción de Ramoncín que le trae un recuerdo imposible:

*“...no puedo dejar de querer,
no quiero cambiarte por nada,
gritaré hasta que no salga el sol,
moriré si no estás a mi lado”*

En la pantalla el nombre del contacto que le envía el mensaje: Roberto.

Jaén, diez de mayo de 2009

LA CONFESIÓN

M. CARMEN RODRÍGUEZ MOLERO

Hoy he rozado su mano, ella no la ha retirado. En la soledad de la sacristía me despojo de la sotana, su sombra no debe borrar el olor a jazmín con que ella ha impregnado mi piel. Siete meses deseándola, siete meses absolviendo su único pecado:

-Padre, deseo a otro hombre, muero de pasión – me repite cada domingo reclinada frente a mí, mientras humedece mis sentidos con su respiración.

-Hija, no sigas con esa boda, casándote cometerás un error – le digo cada siete días, mientras intento ocultar el sufrimiento que me provocan, no las heridas de la flagelación, sino las palabras de Catalina.

Hoy, domingo de Ramos, Catalina me ha mirado por primera vez a los ojos mientras pronuncia las palabras:

-Padre, deseo a otro hombre, muero de pasión.

Hoy, no ha respondido el sacerdote, hoy ha respondido el hombre que se esconde bajo la negra sotana, hoy he rozado su mano, ella no la ha retirado. Cada célula de mi cuerpo ha percibido su contacto. Sus dedos se han entrelazado con los míos y en siete segundos hemos compartido nuestro deseo. Hoy, tras celebrar la misa, no me he encerrado en mi dormitorio con el látigo del perdón, hoy he compartido mis apetitos con mi cuerpo. Al caer la noche, tras cerrar la puerta de la sacristía he leído por última vez la amonestación que cuelga en el tablón de anuncios:

El domingo de Resurrección a las siete de la tarde se casan Catalina y Modesto, es el resumen de lo que allí, con mi puño y letra, yo escribí.

El novio frente al altar espera impaciente la llegada de Catalina, el reloj marca las siete horas y siete minutos. Todas las cabezas giran al oír los acordes que anuncian la llegada de la novia. Enfundada en un vestido blanco dirige su mirada hacía el confesionario. Titubea tras cada paso, con la mano izquierda sujeta un ramo de siete rosas amarillas, con la mano derecha se aferra al brazo de su padre. Tras ocupar su lugar delante del altar, de nuevo gira su cabeza, su mirada se posa en el lugar en que cada domingo habló con su confesor.

Los monaguillos murmuran nerviosos, no saben que hacer. Una niña pasa entre los invitados, lleva un papel en la mano, se lo entrega a Catalina. En él he escrito:

“Del cura ha nacido un hombre que enfermó de amor cuando rozó tu mano, sólo tú puedes curarlo.”

Jaén, dos de mayo de 2009

VIDAS

M. CARMEN RODRÍGUEZ MOLERO

Cinco veces el olor a vida penetró en mi cuerpo y cinco veces el olor a muerte salió de él. Paseo al ritmo que me imponen las olas bajo un cielo que dibuja telarañas de nubes, tan grises que empantanaban el reflejo de la luna. Como el vaivén del mar los momentos de felicidad con Javier se desvanecen, borrados por la rutina que decolora mi vida. Me alejo del murmullo de la gente. Las palmeras acunadas por el viento me brindan su abrazo y alfombran mi camino con sus frutos caídos, yo los esquivo. Me adentro en la arena húmeda de la playa, con mis pies descalzos percibo el líquido que reconforta con un escalofrío mi cuerpo. Mi mirada enfoca una pareja que caldea el frío con sus caricias, mis abrazos con Javier se apagaron en pozos negros. Una estrella de mar se ha posado en mi pie, acaricio sus cinco puntas viscosas, huele a mar. Devuelvo la estrella a la vida y froto mi cuerpo con mis manos teñidas de azar. Las rocas rompen la línea recta que guía mis pasos, busco un pequeño recodo en ellas, escaló y vuelvo a bajar. La quietud del mar provoca un silencio pastoso interrumpido por un suspiro que alerta mis sentidos, giro mi cuerpo y diviso un cuerpo inquieto, me acercó a una mujer acurrucada que temblando de frío enmascara las convulsiones de su cuerpo, mientras con sus brazos empuja su vientre. Acaricio su rostro tenue y su cuerpo húmedo, las aguas han roto. Una pequeña color azabache se acuna en mis brazos, la fusiono en el pecho de su madre que languidece con una sonrisa en los labios, su última palabra: ¡cuídala! Cierro los ojos inertes de la madre y me dejo hipnotizar por los ojos de la niña.

En casa, le regalo los cuidados reservados para los hijos que acune en mi imaginación. Acaricio los deditos de sus pies, los deditos de sus manos... Un portazo violenta los mimos, es Javier que vuelve a casa, deja su maleta en el pasillo y continúa la caricia que prolonga los dedos de la pequeña en los míos.

-He vuelto, una estrella me ha indicado el camino.

No oigo sus palabras, huele a tierra, retiro mi mano y cojo su maleta para devolverla al rellano, dejo la puerta abierta.

-No es tuya debes devolverla – me dice antes de salir.

Mi niña huele a mar y el mar no tiene dueño.

Jaén, cuatro de abril de 2009

RESACA DE VAINILLA

JUAN ROMERO FRANCO

A Mario le venían a la cabeza los recuerdos de ayer sin esperarlos. Buscaba algo que comer en la despensa y apartaba las serpentinas de la lámpara de la nevera. Con un bollo duro de chocolate repasa el balance de daños en una casa que tardaría en parecerse a la suya.

Sobre el televisor, una blusa verde. Oía a vainilla. Le parecía ver a la dueña de la prenda entre caras borrosas mientras fumaba un cigarrillo manchado con carmín. Y la vainilla. A Mario le hubiera gustado hallar en su propio cuerpo este aroma, o tal vez el sudor del sexo a oscuras. Aun así, sólo encontró el poso del tabaco y manchas de alcohol reseca. Al menos tenía la blusa. Un souvenir de la fiesta que conservaría hasta que la vainilla se extinguiese.

La mirada de Mario siguió viajando por el apartamento y daba con botellas repartidas por el parquet, ceniceros colmados de colillas y objetos casi irreconocibles; pasos de zapatos enormes junto a la puerta del baño que revelaba una batalla de alcohol aun por reconstruir. Después, vasos muy pequeños en el pasillo que formaban dos filas perfectas. Mario volvía a escuchar los gritos de ayer.

¡Bebe! Mario proclamado como el campeón de chupitos de la escalera norte. ¡Bebe! Tequila, sal y limón. El alcohol iba directamente a la garganta, y aquel tipo que lo miraba casi sin verlo antes de la ronda final. ¡Bebe! Mario bebió el último sorbo y una mano lo agarró de la nuca para besarle y compartir boca a boca el vaso de la victoria. Notaba la sal, los labios. Le amargaba el limón y lo compensaba con una boca que le ofrecía consuelo. Mario tardó en abrir los ojos.

Era Enma. El limón se hizo aun más amargo. Mario lo revivía sentado en el retrete, con la cabeza baja y las manos en la cara.

Dos años sin querer verla, diciendo que no. Por no querer caer. Por no repetir una relación que siempre terminaba acabando con ellos. Por ser él mismo y desmarcarse de ella. Y porque no.

La fiesta de su treinta cumpleaños los hizo equivocarse. Enma también se dio cuenta. La notaba insegura. Parecía querer decirle que lo olvidase, que todo era una broma.

Fue sin querer, decían sus ojos. Los dos sabían que todo había vuelto a empezar, o a terminar.

De un plumazo, Mario había olvidado la excitación de aquella chica de la blusa de vainilla que aún llevaba colgada al hombro.

Solo veía a Enma, como cuando despertó, y a sus labios de limón y sal.

Para él, la noche terminó ahí. Después durmió rodeado por cerveza. Ya no le importaba cómo sucedió.

Terminó su desayuno y subió de nuevo al dormitorio. En la repisa descansaba abierta su cartera. Mario sacó de ella el carné de identidad.

Treinta años y un día de vida. Ayer, su primera fiesta sorpresa. La pidió tanto que tuvo que forzar una mueca de asombro. Mario era el primer invitado de su propio cumpleaños. Son treinta años

corriendo. Dejando atrás amigos y familia. Sólo le quedaban estas fiestas en las que bebía para aguantar.

Vivía agarrado al trabajo, huyendo de Enma, escapando de sí mismo.

Mario cerró la cartera e intentó volver a dormir. Quizás se levante dentro de poco recordando algo más. Algo mejor. Quizás debería dejar de huir, de correr. Ser adulto por fin.

Él seguía con la blusa de vainilla colgada del hombro. Siguió aspirándola hasta no poder oler nada más. Después la miró. Verde, el color favorito de Enma.

Mario dejó de pensar por miedo a terminar siempre en ella. No quiso descubrir a la chica de la blusa. Quiso soñar.

Cerró los ojos y lo intentó. Quizás lo consiguió y olvidó su fiesta.

O tal vez despierte mañana y siga huyendo, mientras mira a Enma de reajo.

Envejeciendo sin empezar a crecer. Oliendo a vainilla.

LA ESCAPADA

JUAN ROMERO FRANCO

Sobre mi mano sólo hay polvo. Dos días aquí, no puedo salir. Un imperio de moscas se ha hecho con mi despena. Las puedo oír comer, aparearse, creo que mañana las entenderé. Debatirán la forma y manera de acabar conmigo. No lo pondré fácil, soy duro de pelar.

El pasillo es largo ahora, no hay luz al final. No hay meta. Moverme hasta allí sería perder el tiempo. Además, están las moscas. Necesito la estrategia para llegar sano. Necesito avanzar para comer. Estoy solo, pero no importa.

Ahora no me parece tan buena idea irme a vivir fuera. Buscaba la paz, el aire transparente. Imaginaba los despertares voluntarios, la luz natural, el buen clima. Me creía capaz de todo. Sólo necesitaba irme. Dejar de buscar facturas en el correo y no dar los buenos días a personas que entonces me parecían deprimentes.

Encontré la soledad, pero no me encontré a mí. Seguía recordando mi antigua vida. No fue suficiente escapar.

Sin los lastres del ruido, fui perdiendo facultades, y me transformé en un viejo inútil. Creo que fue el lunes cuando resbalé. No pude levantarme. Lo intento ahora. Recuerdo quien fui. Hace tiempo ya estaría en pie. Ahora solo puedo mirar alrededor.

He repasado esta maldita habitación demasiadas veces. El sillón vacío, la mesa con tanto polvo como yo, la pintura blanca en las paredes. Siempre terminaba mirando la ventana. Ella también seguía allí, sin moverse. El sol volvía a desaparecer tras ella a estas horas.

El ritmo del día parece no haber cambiado. Pienso en antes. Pienso en lejos.

Alguien escuchó hoy la radio, mientras bebe a sorbos café negro. Tal vez sea yo mismo.

Solo necesito un café. De máquina. Me levantaría por él.

Ahora muevo los dedos de mis pies. Evito que se duerman. Creo que los intento mover también en sueños. Ayer me dejaron de obedecer. Sospecho que mi cuerpo se está rindiendo antes que yo. Si tuviera teléfono, hubiera intentado llegar hasta él.

No, le dije a mi compañía, me pierdo, sin teléfono, sin nada.

No sabía hasta que punto era cierto. No recuerdo cuánto tiempo llevo sin hablar en voz alta. ¿Podré volver a hacerlo?. ¡Dios! Soy un bobo. Estoy hablando ahora, estoy desvariando.

Quizás sea esto estar loco. Quizás el viernes me crea Napoleón. Tal vez esta casa sea mi Santa Elena. Mi tumba.

Despierta Antonio, no estas loco. Sólo te has caído. Inténtalo de nuevo y come. Luego busca el coche. Busca ayuda. Mañana esto será una anécdota. Vamos arriba.

Soy como un muñeco roto, sin fuerzas. Lo intento.

Mis piernas están mejor de lo que creía. A la tercera lo haré. Saldré de esta. Sólo me caí. Son dos días casi inconsciente. Dos meses solo. Demasiado.

Un intento más. Lo conseguí. Aquí arriba me siento de nuevo el que fui. Quizás tenga algo roto, pero estoy bien. Sigo cuerdo, quizás más que nunca. Esto sólo ha sido una pesadilla. La olvidaré. Todo será distinto ahora que estoy en pie. Lo veo claro ya. Volveré a empezar mañana, pero antes iré por mi rifle, las moscas me acechan. Sigo solo.

ENTRE LINEAS

MIGUEL ANGEL R. MAZÓN

Suena el móvil con ese número grabado a fuego en mi piel. Lo recuerdo aún, es mi primer amor. No deja de sonar.

Nuevos horizontes me hicieron partir de mi tierra y hace unos días llegué a la costa. La entrevista para el Gran Teatro fue todo un éxito. Una oferta de empleo en un lugar prestigioso, salir del vacío rutinario, quizás una oportunidad sentimental, quizás una excusa para abandonar la dinámica familiar, ser yo mismo con otras sensaciones lejos de mi ciudad. Un contrato de contable y el comienzo de otra vida llena de relaciones personales, actividad e independencia.

Te descubrí entre pasillos hablando con otros: tu mirada profunda, el pelo alborotado, la camiseta y pantalón negros, y un ombligo al aire que se deja ver en un suave movimiento entre cajas. Pero nuestros ojos no se cruzaron, no compartieron caminos ni senderos en aquellos minutos de gloria. Por pasillos y rincones trataba de provocar un encuentro, hacia largas salidas fuera de mi despacho, tomaba cafés a deshoras y fumaba cigarrillos a destiempo. Tu imagen iba creciendo en mi pensamiento, llenando mi soledad emocional, creándome una ilusión sin argumentos, sin que tú supieras que yo existía, sin que yo estuviera en tu vida.

Paseaba por aquella localidad, el mar era una sábana azul, la arena una alfombra de seda, la rambla un encuentro con el arte, entre alfombras de cemento gris y el sonido chispeante del transporte. El Gran Teatro gobernaba cual gigante, era un destello de gloria sobre la urbe, un álbum repleto de historias en oro y terciopelo. Todo era fascinante cuando contaba los minutos que faltaban para volver a mirarte, para regresar a esa pastelería repleta de fantasía y estrellas.

Me vestía como lo hacemos siempre para nuestra primera cita, esa que esperaba tener en cualquier momento contigo. En mi escritorio, localicé tu nómina de estilista, tenía errores, y una foto se perdió, teniendo ahora un lugar en mi cartera, así tuve una excusa para marcar tu extensión telefónica y poder verte. Pero no estabas, cambiaste el turno de trabajo. Dejé mi recado y mis datos en tu casillero, en aquel buzón de sueños, sería una esperanza en el universo de sentimientos en el que me encontraba.

Y solucionaste los problemas con otro compañero, quizás en otro horario, en otro tiempo.

Tu retrato mantenía vivo mi deseo de estrecharte entre mis brazos, tu sonrisa era mi reclamo, idealizaba cada gesto tuyo, cada instante de aquel día que te conocí entre baúles, pelucas y disfraces.

Llegué a la sala de vestuario sin buscarte, no esperaba verte, y la puerta giratoria hizo coincidir nuestros rostros. No dijiste nada, como alma fantasma atravesé tu cuerpo. No significaba nada para ti, pero seguía esperando esa frase, esa sonrisa, quizás una mueca, un guiño que me permitiera perpetuar tu imagen y mi pasión, creer que algún día me mirarías como un hombre con el

que poder tener algo más que el deseo de un cuerpo que se une a otro cuerpo. La tristeza comenzaba a invadir mi corazón, abatido por la frialdad de tu mirada en aquel segundo entre puertas.

Sigue sonando el teléfono, ¿por qué me llamará? ese número que tenía tu apellido, el que un día entre certificados y documentos rescaté de forma discreta para mis deseos. He descolgado el teléfono con emoción y desasosiego, pero no contestas; sólo se oye una conversación, palabras sin sentido, no sonaba para mí.

El sol de la mañana me saluda. La melodía del despertador ha cesado, sólo se escucha la emisora, una tertulia de hombres serios y el noticiero. He abierto los ojos a esta realidad certera después de esta noche inquieta entre sueños y este amor que nunca existió.

Hoy la ciudad no será maravillosa.

SIN MUCHO SENTIMIENTO (SMS)

MIGUEL ANGEL R. MAZÓN

Un parking para vigilar la noche, las mañanas para soñar despierto, las tardes oscuras para sumergirse en mi templo.

Mi vida es soledad. Tengo un trabajo que sobrellevar en un horario disperso, que no entiende de festivos o rutinas. Las conversaciones por Internet son la compañía en el tiempo libre, la vida social no me interesa y la noche no es un reclamo para salir a la calle. No hay una familia que escuche mis sentimientos, la frialdad y las diferencias personales hacen que la comunicación ya no exista. Mi pareja se rompió sin hijos ni recuerdos; el amor dejó de cautivarme, sólo tengo un pequeño espacio en mi vida para sexo; una ilusión por vivir renace en mí con cualquier suceso.

Un sms de un teléfono desconocido en mi móvil es la aventura de una historia por descubrir. Quizás sea una amante en el anonimato que pidió mi teléfono a un superior, con deseos mundanos; o esa compañera del liceo, que me vio en el dominical cuando cumplí años, que había perdido mi rastro, y tiene ganas de retomar algo inacabado; o la amiga de un amigo que se esconde en una antipatía presuntuosa, que no desvela deseos y sueños que tiene en el tintero; o la infiel esposa de un vecino, que me espía cuando desnudo mi cuerpo en el lavadero, donde se despiertan los juegos eróticos vividos con su marido, un recuerdo de aquellos tiempos pasados; o igual es un corsario oculto que me amenaza por un impago, de aquellos que olvidé por otros pagos más urgentes, que despierta mi curiosidad con su mensaje, esperando una respuesta en cualquier momento.

Marcar ese número ha sido un desconcierto:

- La Diosa del amor ¿dígame? Le enviamos su sms de amor por poco dinero. ¿Para quién es su verso?

HOJAS NEGRAS

MIGUEL ANGEL R. MAZÓN

Siete días esperé para poder tocarte, pasarían siete mañanas para volver a oler el espíritu de tu presencia, fueron siete tardes sin ver tu figura y siete noches transcurrieron soñando contigo. Domingo siete de Julio de dos mil siete. Esta madrugada cuando volvía a mi hogar, después de este largo viaje de familia, en el que no estuviste conmigo, la noche llenaba mi cuerpo, la luna embargaba mi alma, y el abrazo de mis sábanas no me dejaron acercarme a contemplarte, no fue posible llenarme de ti. Nos conocimos en un paseo por el parque, tu aspecto virginal me cautivó, entre margaritas y crisantemos, quise que me acompañaras en mi universo de los sueños vacíos; allí donde mi trabajo es sólo una rutina diaria para cumplir, la parentela es un compromiso para el tiempo libre, las ilusiones se perdieron en la adolescencia.

Me despertó el amanecer, la nostalgia de un cariño que existía en el tiempo. Salí a la terraza, palacio de encuentros en silencio, donde el sol era testigo de nuestra complicidad, llena de guardianes de verde y señoras de colores. Ya no estás, solo queda tu esencia, el aroma rojo que te inundaba; tu vestido sigue aquí descolorido, el que se deslizaba sobre tu figura esbelta; también están las siete hojas, siete pensamientos verdes, que ahora son azabache, cambiaron su traje por el luto que trae la muerte. Un día fueron siete sueños, hoy yacen ahí sobre la alfombra de turba. Tus espinas de pasión se clavaban en mis dedos, la sangre brotaba como caldo de promesa de un amor que renacía cada día, era un placer sellado sobre la piel tersa.

Tus silencios eran rotos por el suave cantar de un canario, que endulzaba el camino que las palabras entonaban. Mi cariño no pudo retenerte en esta vida, siete meses bastaron para que se rompiera nuestro compromiso, el que siempre esperaba tener contigo. No te marchaste con otro, dejaste esta vida, llena de proposiciones, deseos y proyectos. El día transcurre y no consigo olvidarte, mi alma es amargura y oscuridad sin sentido, tu ausencia me mantiene vivo sumergido en la nostalgia, han dado las siete; he visto el último lecho que albergó las curvas de tu terciopelo rojo. Vivo encarcelado a tu recuerdo.

Pero un sórdido sonido rompe el mutismo en el que me acomodo, la música que llena de imágenes mi mente: "Papá, mamá dice que si vamos a salir. Que dejes tus plantas se nos hace tarde".

Mi rosa roja ha muerto, ya no estará conmigo, en las tardes que llenaban una tarde. Colmabas el corazón apenado de mi universo, siempre esperándome con tu deseo y melancolía. No acariciarás mis manos con tu cuerpo de seda, no me dedicarás tu olor rojo, no veré más tus volantes púrpura de ensueño.

FELINO

MIGUEL ANGEL R. MAZÓN

Se quemaba la comida y se mojaba el suelo, el calor excesivamente fuerte y el grifo abierto demasiado tiempo, su pensamiento absorto, y abstraído en ella, Nerea. Él observaba por el ventanal de la cocina, la mirada perdida sobre las plantas de colores y las antenas de acero. Vivía en soledad y sin amor, ser eternamente enamorado de sí mismo, soñaba despierto, no simpatizaba demasiado con el sexo femenino. Siempre tenía un reparo para su pareja: un defecto podía ser olvidarse del correo, una ofensa tener amigas con las que salir o ponerse guapa para sí misma. Pero ella le cautivó, aún siente el olor de su esencia, el que compartía cuando estaba con ella.

Quedó hipnotizado con su figura, llegó un viernes para quedarse con poco equipaje, y una sonrisa que iluminaba todo su cuerpo. Se convirtió en la única musa de su pintura, inmortalizó sus pasos y movimientos con elegancia. Un fin de semana recogidos sin ver la calle para compartir sentimientos, llenos de deseos y de sueños. Miraban juntos cómo pasaba el tiempo, en aquella terraza de sol, llena de mosaicos de colores y aromas de jazmín; allí sus cuerpos desnudos al aire compartían cariño, vivían intensamente su amor, en la ciudad del cielo gris donde se calentaban las ideas y se ensombrecían los malos recuerdos.

Ella le acariciaba la espalda con su pelo, en esas mañanas donde el sol es mal consejero, que rompe el encanto de la noche y despide a la luna celestina.

Presuntuosa se paseaba por balcones y ventanas, con su estilo y soberbia, agitaba las hormonas masculinas del barrio, las de aquellos que la piropeaban sin descanso.

El perfume suave de su lomo permanece en la memoria de su nariz. Las caricias y besos que ella le dedicaba impregnaban su piel. Recordaba aquel fin de semana maravilloso, cuando el amor y el erotismo que llenaban su vida se movía a cuatro patas.

Lourdes pasó a recogerla aquel domingo por la noche. Una bolsa de pienso, un tazón de porcelana, una manta, y el rechazó a su cuidador cuando llegó su dueña.

Nerea, la ejecutora de pasiones en minutos, no volverá, se marchó con sus bigotes y cola gris. Él vive encarcelado en su memoria, el tiempo se detuvo, se enquistó el amor, la amargura y la oscuridad sin sentido se eclipsaron su existencia.

PRIMAVERA EN INVIERNO

MIGUEL ANGEL R. MAZÓN

Suena el despertador. No esta dormida y sonrío. El sol entra tímidamente por su ventana, la persiana esta a media altura, la cortina entreabierto, es una forma de sentirse acompañada con el movimiento callejero de la mañana. Amanece más temprano, los pájaros entonan sus acordes, el árbol de la plaza se esta poniendo su nuevo vestido verde, hoja a hoja. Las plantas de su ventana cambian sus ropas, aparecen las primeras flores. Carmen, “la pantalonera”, escucha a “curro”, su tenor, el canario compañero fiel que siempre la espera en casa. Enciende la radio, una emisora de coplas, la alegre melodía para estrenar el nuevo amanecer.

“Este chiquitín ya me está llamando, otro día más. ¡Por fin lunes! Qué fin de semana tan largo. No sé qué ponerme, esto de salir todos los días. Tengo todo el armario revuelto, habrá que ponerse elegante, hoy viene a la residencia el coro de jubilados de la Cruz Roja. A ver cómo están estas piernas, qué tal van”.

Ha cumplido 80 años, tiene el pelo de nieve ensortijado, las manos llenas de historia, el cuerpo saturado de la pesada carga que el tiempo aporta, la tez de nácar, algunos surcos marcan en su rostro la alegría, la felicidad y la tristeza, la piel esta matizada por los años; la artrosis modela sus piernas, rellenas de piezas de acero y la ayudan a caminar unos pies con arquitectura de metal, que el médico le recetó.

Los coloca al borde de la cama, toma impulso y se dirige al aseo, un suave baño perfuma todo el cuerpo. Una pincelada de color en su rostro, se coloca unas joyas de bisutería fina y uno de sus mejores vestidos, digno de una boda.

“No puedo olvidarme las telas, haremos manteles; espero que no esté Pura, ¡que da unas palizas! No me he despeinado, esta nueva laca y la redecilla, parece que acabo de estar en la peluquería. Qué bien me queda puesto, también me pondré la colonia de las celebraciones, y estos zapatos de charol negro, que con ellos se me da mejor el baile”.

Se toma unas pastillas para la tensión, un té con leche y sacarina, y a la calle.

El camino hacia la parada del autobús es un fluir lento de piernas cansadas.

Recorre un sendero amplio gobernado por soldados de verde y luciérnagas de plata, que se disponen ordenadas como una compañía de ballet, presentando el baile. Por la alfombra de colores, sonriente, saluda a los vecinos que encuentra a su paso.

—Buenos días, Carmen, qué bien la veo, hoy se ha puesto muy elegante, qué voluntad tiene usted. ¿Cómo está con las piernas?

—Buenos días, Maruja,... pues un poco mejor de esta artrosis, pero deseando irme a mi centro social, allí se distrae una mucho, tenemos siempre actividades, y la gente es muy amable. Además tenemos un médico y una enfermera, y hacemos deporte.

—Me alegro ¿Que hace usted sola todo el día en la casa? Así no tiene que hacer comidas, y se divierte. Que pase buena tarde.

El autobús lleno de ilusiones de edad avanzada, la esta esperando y el celador la ayuda a subir; allí un amigo de fatigas, Manuel, le ha reservado un sitio a su lado.

—Carmen, buenos días, ¡qué guapa viene usted hoy!

—Buenos días, me va a poner colorada, que no tenemos edad para esos piropos.

—No sabe aquello de, “quien tuvo retuvo y guardo para cuando no hubo”.

—Ja, ja, ja... qué bromista está hoy, Manuel.

—Me alegro de verla, ¿qué tal el fin de semana?

—Pues como siempre, muy largo y sola. Mi hijo no vino a verme, se fue con la familia de romería. No me aburro, con el ganchillo, la tele, el teléfono, me he cosido una falda y he guisado un poco. Así, se entretiene una.

—La vida, Carmen, que se presenta así, pero hay que darse vidilla, y moverse. Yo también me ocupo lo que puedo, así el tiempo pasa más rápido. Hoy tenemos cantores, a ver cómo se portan los abuelos.

Manuel trae unas gafas nuevas, de montura negra, son parecidas a las que tuvo Jorge, su marido. Por un instante quedó ausente, y los recuerdos tomaron vida en su pensamiento. Salieron de ese rincón apartado de su corazón.

Las Pantaloneras habían nacido en plena guerra. Carmen y su hermana tuvieron una adolescencia en la posguerra, cuando comer era un lujo, tener un colchón el privilegio de unos pocos y la miseria acompañaba por las calles. Ellas elaboraban ropa para una empresa de confección, allí recogían piezas de tela que se llevaban a casa, las cosían y tejían pantalones a destajo; así ganaban un dinero, y además cuidaban de los abuelos y los pupilos de Antonia, que había quedado viuda con 7 hijos.

En la panadería, Jorge y Carmen cruzaron una mañana sus miradas, sonrisas, amor, y surgiría un compromiso que sólo la muerte podría romper. El trabajaba como sereno, un empleo estable pero mal pagado. Conocerla a ella fue su mejor excusa para poder cambiar de vida.

—Carmen, podíamos irnos para Alemania. La gente dice que allí se puede juntar un capital, trabajaremos mucho pero nos traeremos un dinero, podremos comprar nuestra casa, y empezar una nueva vida.

—Yo no tengo oficio, solo se coser y limpiar, llevar una casa. Además como dejo yo a la familia sola, ya saldremos adelante.

—Aquí no vamos a progresar nunca, ellos estarán bien, son muchos, se apañaran. Nos vamos unos años y volvemos de que ahorremos para nuestros sueños.

Casarse, irse para Alemania, aprender un idioma nuevo, tener un trabajo de sol a sol, fatiga tras fatiga, y muchas casas por limpiar. Tuvo dos hijos para criar y la tristeza de una familia en España. Ella llevaba toda la carga de su hogar, también apoyaba a su familia enviándoles dinero, se llenaba de ilusiones y guardaba en su cuenta corriente todo lo que sobraba. Contaba emocionada los días para el retorno, había hecho muchas amigas, pero siempre tenía el anhelo de volver con los suyos.

El regreso a España no fue glorioso, aceptó un trabajo de limpiadora en una empresa de renombre, pero tuvo que superar la muerte de un hijo y la pérdida de su hermana; tragedias marcadas en su rostro angelical, siempre lleno de vitalidad. La enfermedad no quiso que envejecieran juntos. Jorge se fue muy pronto, con 55 años, no pudo jubilarse. La dejó sola con sus recuerdos, sus fotos y toda una vida de esfuerzo.

En aquel paseo hacia la residencia, abraza su esclava de oro, la que le regaló, para prometerle que volverían a España; con la fecha de su boda grabada y que aún conserva su brillo.

—Carmen ¿qué te pasa? No dices nada, ya hemos llegado.

—Me acordé de Jorge, que sola me dejó. Si hubiéramos compartido juntos estos momentos, pero bueno. La vida sigue y hay que aprovecharla, si no nos ha recogido Dios, es porque haremos falta aquí.

—No seas así, nunca se está del todo solo: tenemos amigos, familia... A veces hay que mirar a nuestro alrededor.

—La soledad del alma, el silencio de la noche, la frialdad de las sabanas.... Son cosas que la compañía de otros no puede llenar. Pero hay que seguir viviendo. Yo disfruto de todo lo que tengo a mi lado, la nostalgia forma parte de la vida, y esto lo pienso con todo el cariño. Pero bueno, dejémonos de tristezas. Vamos que tenemos que echar unos bailes.

Sonríe, enrojeciéndose sus mejillas, colorea sus labios, coloca su bolso y se dispone a salir del autobús.

En el hogar de los mayores se realiza una clase de manualidades, entre charlas y risas de la época pasada se hacen los mantelitos; y luego se come el menú del día con un rico postre, apto para diabéticos. La tarde será movidita, habrá baile.

—Lola, tenemos que triunfar esta tarde, me traje los zapatos de baile, y estoy dispuesta a no parar, aunque las piernas me estén doliendo mañana todo el día.

—Me iré rápido y cogeré sitio, que aquellas siempre se ponen las primeras. A ver para qué, si son unas sosas. Luego no bailan solo critican, hay muchas brujas por aquí.

—Ja, ja, ja.... ¡que cosas tienes Lola! Tú siempre tan crítica. Las pobres que van a hacer, con la alegría se nace.

En la sala, un racimo de saludos, ellos quieren que ella les acompañe, pero ve al fondo a Lola, su compañera de rehabilitación, que le ha guardado sitio en primera fila. El coro rociero formado con voces de solera y años de entusiasmo, entona ritmos alegres para bailes singulares, populares y pasodobles.

Carlos, un viejote morenote y resultón, la quiere sacar a bailar. Ella baila con Carlos, Pedro, Manuel y con Lola y algunas abuelas solitarias. Fatigada, pide un descanso.

“Que bien lo estamos pasando. Cuanto he bailado, y eso que no puedo tirar de mi cuerpo, con lo que yo he sido de joven. Mira esa, parece un patillo mareado. Lo bueno es moverse, animarse. ¡Muy bien Rosa, así se hace, que estas muy bien!”

Apenas termina el coro, se anuncia la salida del autobús. No habrá tiempo para la merienda; descontentos porque se acaba lo bueno, se recogen abrigos, bolsos y paraguas, muecas, chismes y achaques. Ha sido un éxito, todos celebraron la fiesta, sin pudor ni lágrimas, se olvidaron de sus

cuerpos oxidados, de la soledad impuesta, del olvido familiar, de esa paga limosnera que les quedó tras la jubilación; dieron paso a la alegría compartida, a esa oportunidad de seguir sintiendo, valorando todo aquello que ofrece la vida, disfrutando de las amistades generacionales. Manuel la coge del brazo, la acompaña, la ayuda a sentarse. Ella ordena su pelo, su vestido, su bolsa, y se acomoda.

—Qué bien lo pasamos Carmen, con estos ratos la vida es otra cosa.

—Claro, ya estamos para otra, a la rutina hay que darle salsa, que cualquier día nos da un arrechucho y se acaba todo. Mañana habrá gimnasia, veremos como la hacemos, estaremos llenos de agujetas del baile. Ahora un vaso de leche y temprano para la cama, yo me veré antes la novela que está muy interesante, no es cuestión de perdersela en este momento.

— ¡Que mujer esta! Lo lleva todo por delante.

Y la llegada a su barrio, su calle y su hogar; pasito a pasito, que hoy hubo mucho ajetreo, y como una niña que comienza a caminar; y de nuevo en casa.

“Curro, ¿como estas? Hola bonitas, hoy tenéis más flores, Gracias por este día maravilloso Señor, dame todavía muchos años de vida, me queda mucho por hacer”.

Se pone un camisón de rosa chicle, regalo de su nieta; en la televisión selecciona un canal de novelas, prepara un vaso de leche y suena el teléfono.

—Mama, ¿como estas? Hace muchos días que no nos vemos ¿que tal todo? Perdona si no pasamos a verte, ya sabes nuestras historias ¿Como has pasado el fin de semana?

—Muy bien hijo no te preocupes, ya sabes que soy todo temperamento. Aunque en el INVIERNO de mi vida, disfruto de mi mejor PRIMAVERA.

P